



BOLETÍN OFICIAL DEL
Arzobispado
de **Burgos**

Tomo 164 / N.º 3 / Marzo 2022

BOLETIN ECLESIASTICO DEL ARZOBISPADO DE BURGOS

Tomo 164 – Núm. 3

Marzo 2022

Dirección y Administración
CASA DE LA IGLESIA

El Arzobispo

Mensajes



I JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO: DONDE CRISTO MUERE Y RESUCITA CADA DÍA

(Domingo 6 de febrero de 2022)

Queridos hermanos y hermanas:

«La misericordia es el nombre de Dios por excelencia». Hoy decido permanecer ahí, a la luz de estas palabras que el Papa Francisco expresa en su mensaje para la XXX Jornada Mundial del Enfermo (que celebramos el 11 de febrero).

Cada vez que se acerca esta jornada, instituida hace 30 años por el Papa san Juan Pablo II para sensibilizar sobre la necesidad de acompañar

a los enfermos, a sus familias y a quienes los cuidan, me interpelan las manos, los ojos y el corazón de quienes son capaces de reconocer en los que sufren el rostro de Cristo. Su desbordante compromiso por hacer, del amor, el primer mandamiento, entreteje el amor mismo de Dios.

Desde esa mirada nace el lema que el Santo Padre propone para este año: «*Sed misericordiosos así como vuestro Padre es misericordioso*» (Lc 6,36). Estar al lado de los que sufren en un camino de caridad. Es tan necesario, en estos momentos, el amor que se hace carne en el cuidado, en la delicadeza y en la compasión, que no podemos andar por la vida sin tocar la carne sufriente de Cristo en los hermanos.

Recuerdo, en este sendero amurallado de caridad, a tantos santos y santas que –con su ejemplo– han dejado una huella imborrable en la Iglesia por su asombroso y ejemplar cuidado a los más débiles. Camilo de Lelis, Teresa de Calcuta, Juan de Dios, Damian de Molokai,... Estos, como tantos otros, a ejemplo del Maestro, también recorrieron las calles, proclamaron la Buena noticia del Reino y sanaron las enfermedades y las dolencias de la gente (Mt 4, 23). Su inabarcable legado en pro de los sufrientes se resume en una preciosa frase de la Madre Teresa de Calcuta: «La mayor miseria consiste en no saber amar».

El Señor, con su inagotable amor, bordó la primera huella. Nosotros, ahora, hemos de seguir cada trazo de su andar, siendo conscientes de que «solo un Dios que nos ama hasta tomar sobre sí nuestras heridas y nuestro dolor, es digno de fe» (Benedicto XVI).

El testigo supremo del amor misericordioso del Padre a los enfermos es su Hijo unigénito, Jesús, recuerda el Papa Francisco en su mensaje para este año. Detalle primordial que nos revela que «cuando una persona experimenta en su propia carne la fragilidad y el sufrimiento a causa de la enfermedad, también su corazón se entristece, el miedo crece y los interrogantes se multiplican».

Y, desde ese trascendental misterio, hago memoria de todos y cada uno de los agentes y centros sanitarios y asistenciales que, bañados de misericordia, ofrecen a los enfermos y a sus familias los cuidados, la cercanía y los detalles necesarios para estar en paz. A vosotros os dedico todo mi cariño y admiración, y os ofrezco humildemente mi mano para todo cuanto yo pudiera aportar.

Los cristianos estamos llamados, de manera especial, a amar al prójimo, a curar sus heridas, a acompañar su dolor, a custodiar su dignidad. Somos una comunidad de consolación, un ministerio que se pone en práctica con la parábola del Buen Samaritano: ese modelo de cuidado que nace de las manos de Jesús es la hoja de ruta que debemos seguir quienes confiamos en que, en la enfermedad, está presente Cristo crucificado y resucitado.

A vosotros, queridos enfermos y a los custodios de la salud, os encomiendo en el corazón de la Virgen María. Con Ella, la Madre de Cristo, «que estaba junto a la cruz, nos detenemos ante todas las cruces del hombre de hoy» (*Salvifici doloris*, 31). Ella, Salud de los enfermos, a quien llamamos bienaventurada todas las generaciones (Lc, 1.28; 42-43; 48), intercede para que sepamos reconocer en los que sufren el rostro mismo de Cristo.

Que este santo apostolado de la caridad –que celebramos, de manera especial, el día de la Bienaventurada Virgen María de Lourdes– sea el hogar donde nuestro corazón repose, hasta que abrace –al atardecer de la vida– el corazón misericordioso del Padre.

Con gran afecto, pido a Dios que os bendiga.

✠ MARIO ICETA GAVICAGOGEASCOA
Arzobispo de Burgos

II

CON MANOS UNIDAS SIEMPRE EN EL CORAZÓN

(Domingo 13 de febrero de 2022)

Queridos hermanos y hermanas:

Quien ama de verdad, «no busca su propio interés» y «no tiene en cuenta el mal recibido». Quien está dispuesto a poner su vida en juego por amor, «todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta» (1 Corintios 13, 4-7).

Hoy, con el deseo de colmar de caridad tanto abrazo vacío, celebramos la 63ª Campaña Contra el Hambre de Manos Unidas. Y anhelo, en esta jornada nacional, que nadie quede atrás y que seamos semillas de fraternidad, sembradas allí donde más seco permanezca el horizonte.

Nuestra indiferencia los condena al olvido, reza el lema de este año que, de una manera especial, nos invita a tener muy presentes a los millones de personas que padecen hambre. Un mensaje que nos llama a compadecernos de –y con– los necesitados, a dejarlo todo para posar nuestra mirada en las manos del pobre y a tomar conciencia de la desigualdad que alimenta esta terrible herida de la humanidad.

La pandemia del coronavirus ha puesto a prueba nuestra fe y ha despertado nuestra conciencia adormecida ante un mundo que espera, tras el paso generoso de nuestra vida, revestirse con la túnica del buen sama-

ritano. Así, con Manos Unidas, hemos de luchar para acabar con el muro de la indiferencia y de la desigualdad, que condena al olvido a más de mil millones de personas que sobreviven hambrientas y empobrecidas.

Desde esta organización católica, aseguran que la actual crisis social y sanitaria (que ha venido a sumarse a la crisis económica y medioambiental, que ya convertía la vida de millones de personas en un doloroso desafío) «empujará a otros quinientos millones de personas a la pobreza». Una evidencia desgarradora que denuncia un dolor que, en demasiadas ocasiones, habita dormido, y que esconde rostros de seres humanos que lamentablemente «no tenemos tiempo de mirar ni de tener presentes». Y, ante un escenario así, donde parece que la desigualdad se ha convertido en el pan nuestro de cada día... ¿Qué podemos hacer nosotros?

Queridos hermanos y hermanas: esta tarea ha de empezar por uno mismo, por un «yo» desprendido que se abra a un «tú» necesitado. Sin reservas que paralicen lo ofrendado, sin pretextos que apaguen lo prendido, sin condiciones que desvivan lo vivido.

¿Cómo? Poniendo al hermano por delante de uno mismo, reformando profundamente las actuales condiciones socioeconómicas que no reparte equitativamente los recursos, haciendo todo lo posible por superar la precariedad laboral, fomentando una nueva mentalidad y formas políticas que combatan la desigualdad...

El desafío es entregarse, perpetuar la caridad y amar hasta el extremo. Como hoy nos invita Manos Unidas: combatiendo la desigualdad de tanta cifra sin rostro y sin nombre. Los proyectos de Manos Unidas combaten el hambre, la desnutrición, la miseria, la enfermedad, la falta de educación, la desigualdad, la injusticia.

La Palabra de Dios, que se encarna en la mirada de la Virgen María, nos invita a abandonar lo que se opone a la verdadera felicidad del ser humano. María hace presente la misericordia de Dios, que se entregó en Cuerpo y Alma para hacerse uno de nosotros. A Ella nos encomendamos. Sigamos el rastro de esa preciosa estela: para que nadie se quede atrás, para que nuestros hermanos más pobres no sean olvidados y para que los «desheredados» de la Tierra encuentren refugio seguro en nuestros corazones.

Que la pobreza y el hambre no sean invisibles depende de mí, y también de ti. Y aún estamos a tiempo...

Con gran afecto, pido a Dios que os bendiga y os deseo un feliz domingo.

✠ MARIO ICETA GAVICAGOGEASCOA
Arzobispo de Burgos

III

LA INAGOTABLE BELLEZA DEL MATRIMONIO

(Domingo 20 de febrero de 2022)

Queridos hermanos y hermanas:

A la luz del lema *Matrimonio es más*, la Subcomisión para la Familia y la Defensa de la Vida, de la Conferencia Episcopal Española, ha celebrado durante estos días la Semana del Matrimonio.

Esta iniciativa, enmarcada dentro del contexto del Año de la Familia *Amoris Laetitia*, convocado por el Papa Francisco, desea hacer presente la alegría del amor familiar. Y, desde ahí, desde la belleza del matrimonio, siendo consciente de la importancia que tiene la preparación a este sacramento del amor eterno, quisiera haceros llegar algunas palabras acerca de esta vocación. Porque el matrimonio es, una vocación, una llamada; es un tiempo apasionante de gracia y de plenitud, un momento decisivo y trascendental de la vida de la persona. Es un camino apasionante que, recorrido de la mano de Dios, hace crecer a cada persona hasta la medida de Cristo esposo y la Iglesia esposa. Es una promesa que nace del amor de Dios: un amor gratuito que conlleva, como todo amor, sacrificio, entrega y fortaleza, que desborda los límites de la familia y construye los cimientos de la Iglesia y de la sociedad.

El amor verdadero es un don que desborda todos los límites. Y, en este sentido, es esencial recorrer este camino sostenido por la oración y la recepción de la gracia que nunca falta; un sendero sacramental que encuentre en la cima el rostro sonriente del Amado, Cristo.

En este camino, los cónyuges desean construir un solo hogar donando sus dos vidas; perciben la vocación al amor y han de tomar conciencia de esta llamada, para dar una respuesta –desde el amor humano– al don divino. Porque aprender a amar consiste en recibir el Amor, percibir que uno es amado siempre por Dios y abrirse a ese misterio. Es un Dios que se dona y nos llama a compartir su misterio de amor. Él nos amó primero (1 Jn 4, 19); y, quien es amado, ama, y ama intensamente.

Y desde esta clave, que es capaz de sanar cualquier corazón herido para construir de cara al infinito, hemos de tener presente la dimensión comunitaria y litúrgica del matrimonio cristiano. Así, es preciso enseñar a los novios y a los esposos a abrirse al misterio del Creador. En este sentido, así como hemos sido creados por y para el amor (Mt 22, 34–40), hemos de concebir que el matrimonio no nace primariamente de nuestra voluntad, sino que es la respuesta a una vocación, a una invitación de Alguien que

ya ha diseñado lo que es el amor humano y lo ha plasmado en nuestra existencia y en nuestro modo de ser.

El amor de los esposos es humano, fiel, exclusivo y fecundo. Es un amor que no excluye ninguna dimensión de la persona. Nunca debemos olvidar que amar esponsalmente es donarse y recibir a la otra persona. «No hay amor más grande que el que da la vida» (Jn, 13_17), dice el Señor. Y hacerlo acompañando las heridas de la fragilidad y de los afectos, cuando más gritan el cansancio, la rutina y la inconstancia, tiene más sentido aún.

«Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en Él» (1 Jn, 4, 16). Una invitación que nos llama a vivir la espiritualidad matrimonial. Y qué necesario es abrazar la virtud de la esperanza, sentir la compañía de la Iglesia y celebrar juntos los sacramentos que son siempre fuente de vida y de sanación. Y pongo un especial hincapié en la Eucaristía, que es la carne para la vida del mundo: «Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros», dice el Señor. Él es el Pan de Vida, y si no comemos de él, no podremos caminar.

La familia construye la Iglesia, y es la célula básica de la sociedad. Un amor que conoce, a la perfección, la Santísima Virgen María: la esposa del Espíritu Santo, que hace que conciba al Hijo del eterno Padre en una humanidad tomada de la suya. Queridos matrimonios: que María y José sean modelo y fuente de inspiración para vosotros, quienes habéis respondido –en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad– la llamada a amaros y respetaros todos los días de vuestra vida.

Con gran afecto, pido a Dios que os bendiga. Feliz domingo.

✠ MARIO ICETA GAVICAGOGEASCOA
Arzobispo de Burgos

IV

MIÉRCOLES DE CENIZA: AYUNO Y ORACIÓN POR LA PAZ

(Domingo 27 de febrero de 2022)

Queridos hermanos y hermanas:

A las puertas de una nueva Cuaresma, ese camino de vuelta a la casa del Padre, despojamos de nuestro corazón la soberbia de creernos invencibles para volver a Dios, a la vida que nos quiere donar en la Pascua de Resurrección.

La Cuaresma «es un tiempo favorable para la renovación personal y comunitaria que nos conduce hacia la Pascua de Jesucristo muerto y resucitado», afirma el Papa Francisco en su mensaje para este tiempo litúrgico que ahora comenzamos. Una invitación que se hace llamada para no desfallecer ante las adversidades y para no cansarse de hacer el bien, pues «mientras tenemos la oportunidad, hagamos el bien a todos» (Ga 6,9-10a).

Ante los dolorosos acontecimientos que suceden en Ucrania, el Papa nos ha pedido que dediquemos el primer día de la Cuaresma, el miércoles de ceniza, a una jornada de ayuno y oración por la paz. Como afirma en el llamamiento: «Dios es Dios de paz y no de guerra; es Padre de todos, no sólo de algunos, que nos quiere hermanos y no enemigos».

En este volver a Dios de cada día con un espíritu entregado sin condiciones, hemos de cuestionarnos al inicio de la Cuaresma, qué limosna, qué ayuno y qué oración nos pide Dios para estos cuarenta días de entrega. La invitación de Dios a dejar de vivir entre las cenizas, nos abre la mirada hacia una senda nueva, hacia un cauce de inagotable belleza que nos lleva a la fuente «que mana y corre», aunque tantas veces debamos visitarla «cuando es de noche» (San Juan de la Cruz).

Estamos llamados a dejarnos modelar por su amor, como el barro en manos del alfarero. Y, así, en sus manos, dejarse hacer, prenderse en su llama, ser personas cántaro para dar de beber a los sedientos de hoy; ser sembradores de paz y reconciliación en nuestro entorno y hasta los confines del mundo. Estamos hechos para el fuego que siempre arde, para la eternidad del Cielo que encuentra, en la Mesa del altar, la plenitud de nuestras vidas y la fuente del amor y de la paz.

Y la Cuaresma, cuarenta días para crecer en el amor a Dios y al prójimo, antes del Domingo de Resurrección que establece el final de la Semana Santa, cuarenta ocasiones para reencontrarse con la mirada compasiva del Amado, da sentido a nuestra fragilidad, a nuestro barro y a nuestras heridas. Porque, en algunos momentos, este tiempo de gracia nos obliga a abrazar la cruz y a descoser el caparazón de nuestras comodidades para comprender los sentimientos de Cristo. «¿Qué corazón habrá tan de piedra que no se parta de dolor (pues en este día se partieron las piedras) considerando lo que padeces en esta cruz?», revelaba san Pedro de Alcántara, ante este gran misterio del amor derramado.

En este andar acompasado hacia la Resurrección, hemos de entender que la Cruz no es una derrota; es el renacer de nuestra esperanza, es la victoria de Cristo, es el triunfo del Amor y del perdón. Y ahí brota el sentido de la Cuaresma: en un volver el rostro para mirar a Dios, en un cambiar de rumbo nuestras expectativas, en un continuo despertar a la voz de la Providencia que endereza nuestros caminos.

En este peregrinar cuaresmal, la Palabra de Dios y los sacramentos van acrisolando nuestra vida. Acerquémonos al altar, sin miedo: la donación de Cristo en la Eucaristía nos hará pasar del sufrimiento a la libertad, de la desesperación al consuelo, de la muerte a la vida, de la guerra y la discordia a la paz y la concordia. Acojamos la misericordia de Dios en el sacramento de la reconciliación; hagamos de nuestro corazón el lugar donde Dios y el prójimo encuentran cabida.

La resurrección de Cristo «anima las esperanzas terrenas con la “gran esperanza” de la vida eterna e introduce ya en el tiempo presente la semilla de la salvación» (cf. Benedicto XVI, *Spe salvi*, 3; 7). En este sentido, el Santo Padre anima, para esta Cuaresma, a que no nos cansemos de orar, ni de extirpar el mal de nuestra vida, ni de hacer el bien en la caridad activa hacia el prójimo. La Cuaresma, revela, «nos recuerda cada año que el bien, como el amor, la justicia y la solidaridad, no se alcanzan de una vez para siempre; han de ser conquistados cada día».

Por todo ello, afianzados en la Virgen María, aquella que «conservaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón» (Lc 2,19), meditemos sobre cuál es el fruto de nuestra limosna, cuánto es el precio de nuestro ayuno y qué colma de sentido nuestra oración. Solo así, adentrándonos en el amor del corazón de Jesús, podremos caminar con Él en los desiertos que en muchas ocasiones debemos atravesar en nuestra vida. Ayunemos y oremos de modo particular este miércoles de ceniza por la paz en el mundo y de modo particular en la vecina Ucrania.

Con gran afecto, os deseo un feliz inicio de la Cuaresma.

✠ MARIO ICETA GAVICAGOGEASCOA
Arzobispo de Burgos

ANTE LOS ABUSOS SEXUALES COMETIDOS EN EL SENO DE LA IGLESIA CATÓLICA

(2 febrero 2022)

El martes pasado, la mesa del Congreso ha admitido a trámite la solicitud de ERC, Bildu y Podemos para crear una comisión de investigación sobre los abusos sexuales en la Iglesia. También el periódico *El País* entregó al Papa Francisco y al presidente de la Conferencia Episcopal Española un dossier que recoge 251 denuncias de abusos en los últimos setenta años referidos a clérigos españoles, sacerdotes diocesanos y religiosos. Así mismo, en los medios de comunicación están apareciendo muchos artículos de opinión sobre esta cuestión de diferente calado y posición. Ante la gravedad de este asunto, quisiera compartir con vosotros mi posición y pensamiento:

1. La primera mirada y todo mi afecto se dirige a las víctimas y a sus familias. Me gustaría conocer hasta el fondo el dolor causado y el destrozo ocasionado en vuestras vidas. Me pongo a vuestra disposición con humildad y respeto para escucharos, acompañaros y colaborar en lo que fuera posible para restaurar el daño ocasionado, tanto a nivel personal como institucional. Estos hechos también me producen dolor y vergüenza. Sé que todo lo que hagamos será siempre poco ante el mal ocasionado. También sé que la palabra perdón se ha ido desgastando. Pero en nombre de la Iglesia quisiera pedirlos humildemente perdón.
2. A día de hoy, el periódico *El País* comunicó un caso en la archidiócesis de Burgos. Los datos ofrecidos remiten a los años 1962-1965. No se nos ha comunicado el nombre del denunciante. La persona denunciada falleció hace veinte años. Tras investigar en la medida de nuestras posibilidades, no tenemos ninguna denuncia referida a él en ningún archivo y preguntando a quienes le trataron no conocen ningún hecho de esta índole. Hemos visto en los últimos días en dicho medio de comunicación la referencia a un segundo caso y hemos pedido información para que nuestra oficina de protección de menores lo investigue. A este respecto, agradezco toda labor y

acción que tanto los medios de comunicación como otras instancias realizan para ayudarnos a esclarecer los hechos guiados por el principio de verdad y justicia para reparar en lo posible el daño causado, pedir responsabilidades a quienes hayan cometido tales delitos, y hacer todo lo posible para que estos hechos no vuelvan a repetirse. En este sentido, además de mejorar la administración eclesial de justicia ante estos delitos, hemos de intensificar la formación y la prevención como una tarea permanente en todas las instancias eclesiales.

3. En los últimos doce años la Iglesia ha desarrollado procedimientos canónicos y pastorales para realizar la investigación necesaria, actuar en consecuencia y prevenir estos delitos: el motu proprio «Sacramentorum Sanctitatis Tutela» de 2010 promulgado por el Papa Benedicto XVI, la reforma del libro VI del Código de Derecho Canónico del pasado septiembre de 2021 por el Papa Francisco, así como su motu proprio de 2019 «Vos estis lux mundi». También en 2020 la Congregación para la Doctrina de la Fe promulgó un Vademécum para poder tratar estos casos con el máximo rigor y seriedad. En todas las diócesis se ha creado la oficina de protección de menores, tal y como establecen estos documentos y se ha establecido colaboración con las instancias judiciales correspondientes.
4. Queremos aplicar todos los medios a nuestro alcance para realizar con rigor y profundidad la investigación de cada caso y ponerlos a disposición de la justicia para que realice su labor. Queremos restituir la justicia lesionada a las víctimas y por eso manifestamos nuestra plena disponibilidad de colaboración con las instancias policiales y judiciales.
5. Para coordinar mejor el plan de acción contra los abusos puesto en marcha en las diócesis españolas según lo previsto en el motu proprio «Vos estis lux mundi», la Conferencia Episcopal Española ha creado una instancia de coordinación de todas las oficinas de protección de menores. Los instrumentos para conocer la realidad de los hechos en los últimos decenios para prevenirlos y actuar en consecuencia se revelan como necesarios, incluida una eventual investigación encargada a instancias solventes, prestigiosas y veraces.
6. La Iglesia debe ser un espacio seguro para todos, particularmente para menores, jóvenes y personas vulnerables. En la Iglesia de Burgos, a la que sirvo, no cejaré en empeñarme para que esto sea siempre así, y colaboraré en todo lo que esté a mi alcance para erradicar este mal en los espacios eclesiales y en todos los ámbitos.

Los menores y las personas vulnerables son un bien que hay que cuidar y respetar en cualquier contexto y situación. Me gustaría contar con toda la ayuda que nos podáis prestar.

Con gran afecto.

✠ MARIO ICETA GAVICAGOGEOSCOA
Arzobispo de Burgos

Convocatoria de Ministerios de Lector y Acólito

CONVOCATORIA DE CELEBRACIÓN DE MINISTERIOS LAICALES: LECTORADO Y ACÓLITADO

D. MARIO ICETA GAVICAGOGEASCOA, Arzobispo de Burgos, he dispuesto celebrar el Rito Litúrgico de Ministerios Laicales, **LECTORADO Y ACOLITADO**, el día 22 de mayo de 2022, a las 19.00 horas, en la Capilla del Seminario Diocesano San José.

Los aspirantes a dichos ministerios presentarán en la Secretaría General del Arzobispado la documentación pertinente, antes del día 22 de abril de 2022.

Lo que se hace público para conocimiento de los interesados a los efectos consiguientes.

Dado en Burgos, a 22 de febrero de 2022

+ *Mario Iceta*

✠ MARIO ICETA GAVICAGOGEASCOA
Arzobispo de Burgos

Por disposición del Sr. Arzobispo



FERNANDO ARCE SANTAMARÍA
Canciller Secretario



Vicarías Episcopales

I

CRÓNICA DE LA SESIÓN PLENARIA EXTRAORDINARIA DEL XV CONSEJO PRESBITERAL

(31 de enero de 2022)

El día 31 de enero de 2022, lunes, en el Seminario San José de Burgos, se reunió, en sesión plenaria extraordinaria el decimoquinto Consejo Presbiteral de nuestra diócesis bajo la presidencia del Sr. Arzobispo D. Mario Iceta Gavicagogeascoa. El tema a tratar era la Facultad de Teología.

Comenzó la sesión a las diez y media de la mañana con el saludo del Sr. Arzobispo y el rezo de la Hora Intermedia. Seguidamente el sr. Vicario general dio la bienvenida al Vicario Judicial como nuevo miembro nato del Consejo y presentó el orden del día:

El Decano de la Facultad de Teología dio amplia información del estado de la misma, fijándose principalmente en tres apartados: profesorado estable (se cumple el ideal de 12, repartido en distintas categorías de catedráticos, agregados y adjuntos), alumnado (una media de 50 en el ciclo institucional los últimos años, 15 en licenciatura y 20 en doctorado; a los que se suman otras cátedras, institutos y teología a distancia, hasta un total de 256), docencia (además de las clases se incluye la divulgación), investigación (como cauces: Instituto de Teología del sacerdocio, Instituto de Teología de Misionología y animación misionera, “Cultura, fe e inculturación”), innovación (2 nuevas licenciaturas, acuerdos con la universidad San Pablo y la Francisco de Vitoria, afiliación del Seminario de Monterrey de Mejico, integración en la Facultad de la Universidad de la experiencia...). Otro apartado fue el plan de mejora de las instalaciones, las fuentes de financiación y el organigrama de la Facultad.

Después tomó la palabra el Sr. Vicario General, para exponer el tema de la valoración de la Facultad de Teología desde los estándares actuales de calidad. Se centró en el Plan Estratégico. Partiendo de la Constitución apostólica “Veritatis Gaudium” (2017) y de la agencia AVEPRO (Agencia de la Santa Sede para la Valoración y Promoción de la calidad

delas universidades y facultades Eclesiásticas) lo que cambia es CÓMO HACEMOS, a partir del POR QUÉ lo hacemos. El concepto de calidad hace referencia a la responsabilidad, diversidad, promoción de la cultura de calidad, exigencias y expectativas de los estudiantes y de todos los agentes que intervienen. Veritatis Gaudium se refiere a la identidad misionera, diálogo, “multi-inter-trans” disciplinaridad y capacidad de crear redes. La agencia AVEPRO hace visitas quinquenales, la próxima en 2024. Siguió con aspectos más concretos del plan estratégico, los logros y retos. Todo esto se había entregado previamente por escrito. A esta intervención siguió un turno de preguntas. Terminada esta primera parte se hizo un descanso.

Se retomó la sesión con el turno de aportaciones de los arciprestazgos, partiendo de las preguntas trabajadas previamente. La primera pedía una valoración de la Facultad y a ella se unió la segunda: ¿crees que la formación programada por las distintas delegaciones diocesanas debería estar centralizada o estar animada por la Facultad? En general, la opinión mayoritaria fue que se valora de forma positiva, con un notable alto de media. Respecto a la segunda, la opinión mayoritaria es que la Facultad debe colaborar en la formación, no tanto centralizarla. Algún arciprestazgo habló de que es una realidad un tanto lejana, desconocida y de poca conexión con la realidad; una teología demasiado académica. También desde las Delegaciones se señaló que lo que piden los arciprestazgos no suele ser lo que ofrece la Facultad. Desde los Seminarios se valoró positivamente resaltando la pobreza que supone la falta de alumnos. Un representante de los religiosos animó a ser valientes y creativos en este tema.

En la segunda parte se unieron varias preguntas también: ¿cómo crees que la Diócesis puede seguir contribuyendo a cumplir los compromisos adquiridos hasta ahora?, ¿cuántos sacerdotes puede dedicar a estas tareas?, ¿con cuánta ayuda económica?, ¿se está formando adecuadamente?, ¿qué pides a la Facultad para que tenga una mayor incidencia en la pastoral? La opinión mayoritaria fue de apoyo a la Facultad y a los profesores, pidiendo que no se desvinculen de la pastoral ni de la realidad en que vivimos; personas con vocación de enseñar, también laicos. Buscar más alumnado. Aprovechar más a las personas que obtienen títulos académicos. Que se estudie cómo buscar fondos, creando si es necesario un comité dedicado a ello. Seguir haciendo mejoras en las instalaciones. Publicaciones más orientadas a la vida. Otros opinaban que liberar personas y fondos, lo mínimo imprescindible. En un arciprestazgo se planteaba cómo se articula la relación Santa Sede con la Diócesis en este tema de la Facultad y hasta dónde llega su dependencia. En otras intervenciones se habló de aprovechar mejor a los sacerdotes con títulos académicos, que los que estudien tengan experiencia pastoral previa,

que se enfoque desde la evangelización de las personas y la cultura. El Ecónomo diocesano aportó datos de lo que la Diócesis está dedicando económicamente en ayudas a los que se forman, al Colegio mayor San Jerónimo; sobre todo desde el 2017.

El Sr. Arzobispo intervino para dar su visión sobre lo que se había estado hablando y aclarando algunas dudas sobre el papel de la Diócesis, dejando claro que la Facultad depende de ella y Roma supervisa; da licencia. También sugirió campos en los que se pueden buscar nuevos alumnos como cursos de formadores de Seminarios o de delegados del Clero aprovechando el Instituto del sacerdocio. Crear una Cátedra de mujer. Y si queremos más profesores laicos, tendremos que gastar más dinero y por tanto buscarlo. En la Diócesis habría que reconfigurar la pastoral. También la Facultad tendría que hacer un mayor esfuerzo por publicitarse más. Tras estas reflexiones, pidió que se votasen estas 4 cuestiones:

1. ¿Reconocemos la aportación y valor de la Facultad de Teología?
2. ¿Vemos necesario el apoyo e impulso de la Diócesis a la Facultad?
3. ¿Apoyamos que se liberen los sacerdotes que necesite la Facultad?
4. ¿Apoyamos que la Diócesis ayude económicamente a la Facultad, pero buscando otras formas de financiarse?

El resultado de la votación fue de aprobación por mayoría de más de dos tercios todas ellas.

En ruegos y preguntas, salió a relucir el tema de las inmatriculaciones y el de abusos de menores por parte de sacerdotes. Después de algunas informaciones se terminó la reunión invocando a la Virgen María.

II

APORTACIONES PARROQUIALES AL FONDO COMÚN INTERDIOCESANO

Intervalo	Cuota
< 3.000 €	0
3.0001 a 5.000 €	5 %
5.001 a 8.000 €	10 %
8.001 a 12.000 €	12 %
12.001 a 50.000 €	15 %
50.000 € >	16 %

III

CALENDARIO DE PRINCIPALES ACTIVIDADES DIOCESANAS

MARZO

- 5 sábado: Sesión de la Asamblea diocesana.
- 6 domingo: Día de Hispanoamérica y de la OCSHA.
- 7 lunes: Consejo Presbiteral.
- 8 al 10: XVIII Semana de Cine Espiritual en Aranda de Duero. (Enseñanza).
- 9 miércoles: Formación para agentes de Pastoral de la Salud. (Pastoral de la Salud).
- 10 jueves: Retiro de Cuaresma para profesores. (Enseñanza).
- 12 sábado: Encuentro diocesano de jóvenes. (Juventud).
- 12 sábado: Jornada abierta en el Aula de Pastoral familiar. (Familia y Facultad).
- 14 lunes: Círculo de silencio. (Pastoral de Migraciones).
- 16 miércoles: Formación para agentes de Pastoral de la Salud. (Pastoral de la Salud).
- 18 viernes: Conferencia sobre “El suicidio y Dios”. (Centro de Escucha).
- 18 viernes: Oración joven. (Juventud).
- 19 sábado: **Rito de admisión a las Órdenes Sagradas.**
- 20 domingo: **Día del Seminario.**
- 22 martes: Jornada “Teología y educación”. (Facultad).
- 25 viernes: **Jornada por la Vida.**
- 25 y 26: Taller formativo. (COF).
- 26 sábado: Sesión de la Asamblea diocesana.

IV

INFORMACIÓN SOBRE EL MIÉRCOLES DE CENIZA

Queridos sacerdotes:

Se acerca el Tiempo de Cuaresma tan importante para crecer en la búsqueda de Dios desde la llamada a la conversión a la que nos mueve el Espíritu Santo.

Ante la praxis de la ceniza, aún en situación de la pandemia, alguno habéis consultado cómo proceder este Miércoles de Ceniza.

La situación está mejor y si bien hay que tener precaución, se anima a celebrar el inicio de la Cuaresma con el rito de la imposición de la ceniza. Para ello no es preciso tocar en la frente del penitente, sino que se puede echar con delicadeza sobre la cabeza.

Aprovechad para recordar a todos que es un día de ayuno y abstinencia. Junto con la limosna generosa y la oración son los medios que el Señor y la Iglesia nos siguen recomendando para vivir con más intensidad estos días.

Feliz y santa Cuaresma preparatoria de una alegre y victoriosa Pascua de Resurrección.

El Señor guíe nuestros pasos por el camino de la salvación.

Burgos, a 22 de febrero de 2022.

CARLOS IZQUIERDO YUSTA
Vicario General

V

CONFIRMACIONES CELEBRADAS EN 2021

Día	Hora	Lugar	Confirma	Nº
5 febrero, viernes	18'00 h.	Santo Domingo de Guzmán Burgos	Don Mario	38
5 marzo, viernes	18'30 h.	Hermano San Rafael Burgos	Don Mario	22
5 marzo, viernes	18'30 h.	La Inmaculada Burgos	Fernando	27

Día	Hora	Lugar	Confirma	Nº
6 marzo, sábado	17'00 h.	La Inmaculada Burgos	Don Mario	15
6 marzo, sábado	18'30 h.	La Inmaculada Burgos	Don Mario	14
9 marzo, martes	18'30 h.	Hermano San Rafael Burgos	Don Mario	21
20 marzo, sábado	17'30 h.	San Adrián (Villímar) Burgos	Jesús	8
20 marzo, sábado	19'30 h.	San Adrián (Villímar) Burgos	José Luis	10
16 abril, viernes	19'30 h.	El Buen Pastor Miranda de Ebro	Don Mario	17
17 abril, sábado	18'00 h.	San Nicolás Miranda de Ebro	Don Mario	21
17 abril, sábado	19'30 h.	San Nicolás Miranda de Ebro	Don Mario	20
17 abril, sábado	17'30 h.	Nuestra Señora del Rosario Burgos	Vicente	15
17 abril, sábado	17'30 h.	San Adrián Villímar - Burgos	Andrés	13
17 abril, sábado	19'00 h.	San Fernando Burgos	Jesús	13
17 abril, sábado	19'30 h.	San Adrián Villímar - Burgos	Fernando	13
24 abril, sábado	20'00 h.	Santa Casilda Miranda de Ebro	Don Mario	16
30 abril, viernes	18'00 h.	Santo Domingo Aranda de Duero	José Luis	10
30 abril, viernes	20'00 h.	Santo Domingo Aranda de Duero	José Luis	12
1 mayo, sábado	13'00 h.	San Cosme y San Damián Burgos	Andrés	9

Día	Hora	Lugar	Confirma	Nº
7 mayo, viernes	20'00 h.	San Juan de la Vera Cruz Aranda de Duero	Don Mario	16
8 mayo, sábado	18'00 h.	La Inmaculada Burgos	Don Mario	19
8 mayo, sábado	19'30 h.	La Inmaculada Burgos	Don Mario	19
8 mayo, sábado	19'30 h.	Nuestra Señora de Fátima Burgos	Jesús	11
14 mayo, viernes	19'00 h.	San Antonio abad Burgos (en el Seminario)	José Luis	28
14 mayo, viernes	20'00 h.	San Julián Burgos	Don Mario	44
16 mayo, domingo	12'30 h.	San Josemaría Escrivá Burgos	Don Mario	22
21 mayo, viernes	19'00 h.	El Pilar Burgos	Fernando	7
21 mayo, viernes	19'00 h.	La Anunciación Burgos	Don Mario	34
22 mayo, sábado	17'30 h.	Arciprestazgo de La Sierra Huerta de Rey	Fernando	23
22 mayo, sábado	20'00 h.	Arciprestazgo de La Sierra Quintanar de la Sierra	Fernando	24
22 mayo, sábado	19'00 h.	Santa María y San Pedro Belorado	Jesús	11
23 mayo, domingo	11'45 h.	San Gil Burgos	Amadeo	8
28 mayo, viernes	18'00 h.	San Esteban Villafría - Burgos	José Luis	4
28 mayo, viernes	19'00 h.	La Asunción Pradoluengo	Don Mario	12
29 mayo, sábado	18'00 h.	San Pedro de la Fuente Burgos	Ildefonso	11

Día	Hora	Lugar	Confirma	Nº
29 mayo, sábado	19'30 h.	San Pedro de la Fuente Burgos	Ildefonso	6
29 mayo, sábado	19'30 h.	Catedral ADULTOS	Don Mario	27
4 junio, viernes	19'00 h.	San Pedro y San Felices Burgos	Vicente	23
4 junio, viernes	19'00 h.	Unidad pastoral de Ibeas San Pedro de Cardaña	Andrés	13
4 junio, viernes	20'00 h.	San Lesmes Burgos	Amadeo	13
5 junio, sábado	19'00 h.	La Santa Cruz Burgos	José Luis	10
11 junio, viernes	19'00 h.	San Vicente Villagonzalo Pedernales	Don Fidel	11
11 junio, viernes	20'00 h.	Santa María + Santa Catalina Aranda de Duero	Don Mario	36
12 junio, sábado	18'30 h.	El Salvador Villatoro (Burgos)	Ildefonso	6
12 junio, sábado	19'00 h.	San Miguel Arcos de la Llana	Don Fidel	21
12 junio, sábado	19'00 h.	San Juan Evangelista Burgos	Fernando	7
18 junio, viernes	19'30 h.	La Asunción Villalbilla de Burgos	Don Mario	14
19 junio, sábado	12'00 h.	La Asunción Vadocondes	Don Fidel	9
20 junio, domingo	18'00 h.	El Salvador Burgos	Don Mario	8
25 junio, viernes	19'00 h.	Santa Eulalia Quintanilla Vivar	Don Mario	5
26 junio, sábado	20'00 h.	Miranda de Ebro ADULTOS	José Luis	9

Día	Hora	Lugar	Confirma	Nº
26 junio, sábado	20'00 h.	Patriarca San José Aranda de Duero	Amadeo	14
10 septiembre, viernes	19'00 h.	La Asunción Roa de Duero	Don Mario	19
24 septiembre, viernes	19'00 h.	San Vicente Trespaderne	Don Mario	12
24 septiembre, viernes	19'00 h.	La Santa Cruz Medina de Pomar	Don Fidel	19
1 octubre, viernes	20'00 h.	Santa Marina Villarcayo	Don Mario	25
2 octubre, sábado	19'00 h.	La Asunción Tardajos	Don Mario	11
8 octubre, viernes	18'00 h.	La Antigua de Gamonal Burgos	Jesús	20
8 octubre, viernes	19'30 h.	La Antigua de Gamonal Burgos	Jesús	20
15 octubre, viernes	19'00 h.	San Juan Bautista Burgos	Amadeo	16
22 octubre, viernes	19'30 h.	El Espíritu Santo Burgos	Carlos	27
23 octubre, sábado	17'00 h.	San Martín Quintanadueñas	Don Fidel	14
23 octubre, sábado	19'00 h.	San Martín Quintanadueñas	Don Fidel	12
29 octubre, viernes	19'30 h.	El Espíritu Santo Burgos	Don Mario	22
19 noviembre, viernes	19'30 h.	Hermano San Rafael Burgos	Don Mario	22
21 noviembre, domingo	12'00 h.	San Juan de Ortega Burgos	Amadeo	5
21 noviembre, domingo	12'00 h.	Santa María y San Martín Briviesca	Don Mario	25

Día	Hora	Lugar	Confirma	Nº
26 noviembre, viernes	19'30 h.	Santo Domingo de Guzmán Burgos	Fernando	25
26 noviembre, viernes	20'00 h.	San Martín de Porres Burgos	Vicente	36
27 noviembre, sábado	18'30 h.	Villadiego Arciprestazgo de Amaya	José Luis	15
3 diciembre, viernes	19'30 h.	Santo Domingo de Guzmán Aranda de Duero	Don Mario	19
4 diciembre, sábado	19'00 h.	Nuestra Señora de los Ángeles Miranda de Ebro	Don Mario	9
11 diciembre, sábado	19'30 h.	San Nicolás Miranda de Ebro	Don Mario	21

Celebrante	Confirmaciones	Confirmados
Don Mario	31	625
Don Fidel	6	86
Fernando	7	126
José Luis	8	98
Jesús	6	83
Amadeo	5	56
Vicente	3	74
Andrés	3	35
Ildefonso	3	23
Carlos	1	27
TOTAL	73	1.233
		Adolescentes y jóvenes: 1.187
		Adultos: 46

AÑOS PASADOS

2020	43	665 Adolescentes y jóvenes: 604 Adultos: 61
2019	63	1.207 Adolescentes y jóvenes: 1.123 Adultos: 84
2018	50	1.164 Adolescentes y jóvenes: 1.078 Adultos: 86

VI

CRÓNICA DE LA SESIÓN DE APERTURA DE LA ASAMBLEA DIOCESANA (FASE FINAL)

(5 Febrero 2022)

Desde su inicio en Septiembre de 2019 y tras numerosas dificultades por la situación de pandemia de Covid-19, comienza el día 5 de Febrero la fase final de la Asamblea Diocesana.

Se inicia a las 10 de la mañana con una solemne Eucaristía en la Catedral de Burgos, inmersa en el VIII centenario del inicio de su construcción y en el marco del Sínodo de los Obispos convocado por el papa Francisco. Preside el arzobispo de Burgos D. Mario Iceta acompañado por el arzobispo emérito de Burgos e iniciador del proceso de Asamblea D. Fidel Herráez, además del obispo burgalés D. Ramón del Hoyo (emérito de Jaén). Asisten numerosos presbíteros, miembros de la Asamblea que participan en la fase final de este proceso y numerosos fieles de grupos de Asamblea. Anima la Eucaristía el grupo de jóvenes de Hakuna y retiros Effeatá.

Nuestro arzobispo en su homilía anima a los participantes en esta fase final de la Asamblea a que nos dejemos llevar por lo que el Espíritu Santo quiere para nuestra Iglesia en Burgos y no por nuestros propios deseos, y que en un clima de discernimiento, fraternidad y oración se trabaje en esa línea. Este proceso sinodal es la “fiesta del Espíritu Santo”.

Una vez concluida la Eucaristía, los trabajos de la Asamblea han dado comienzo a las 12 horas en el Seminario de San José, en su capilla, donde se han congregado al efecto los 183 representantes del presbiterio, laicos,

miembros de vida consagrada y de diversos movimientos eclesiales de toda la diócesis (10 de ellos justificaron su ausencia).

Abierto el acto por D. Mario, nuestro arzobispo, nos anima al trabajo y al esfuerzo por sintetizar qué propuestas son necesarias hoy y quién lo va a hacer, una asamblea práctica, y sobre todo que escuchemos al Espíritu Santo.

A continuación, toma la Palabra Susana Castrillejo, de la Secretaría, que hace una exposición sobre el camino recorrido por la Asamblea hasta llegar a esta fase final. Un camino que se inició el 8 de Septiembre de 2019 con la convocatoria de nuestro arzobispo en aquel momento D. Fidel Herráez, con 3.435 personas inscritas en 314 grupos, y que por la situación de pandemia se han reducido al final a unas 1.750 personas en algo más de 150 grupos operativos. Hoy son 183 personas las que van a participar en esta fase final.

Eloy Bueno de la Fuente, de la Comisión teológico-pastoral y relator de la Asamblea, presenta el documento de trabajo comparándolo con un mosaico en el que cada uno aporta lo que el Espíritu le da. Es algo con espacios en blanco que hay que rellenar. El Espíritu nos orienta hacia nuestro ser en la Iglesia. En este contexto va explicando las tres partes del documento: “La alegría de creer hoy: renovar el encuentro con Jesús”, “El gozo de vivir como Iglesia: hacer misioneras nuestras comunidades” y “El júbilo de compartir la fe: hacer presente en el mundo el Reino de Dios”.

José Luis Lastra, vicario de pastoral y coordinador de esta Asamblea, agradeció el trabajo de todas las personas implicadas en este proceso y tuvo un especial reconocimiento a los anfitriones de este evento en el Seminario san José y a los voluntarios. A continuación, expuso el reglamento y las dinámicas, presentando a los tres organismos de la Asamblea: Consejo de Presidencia, Secretaría y Comisión teológico-pastoral (funciones y miembros). Se procede a explicar el funcionamiento de las mesas temáticas, en el día de hoy 5 (3 de ellas desdobladas), el método de trabajo, la presentación de enmiendas, las votaciones en el plenario. También hizo referencia al funcionamiento del plenario en las próximas jornadas, contestando a las dudas o aclaraciones que algún asambleísta expuso.

Terminó este primer acto de la mañana con la presentación de materiales de trabajo en las carpetas patrocinadas por UMAS, algunas indicaciones prácticas para el buen desarrollo de la jornada por parte de José Ignacio Lorenzo, miembro de la Secretaría, y la presentación de los asistentes, así como una breve explicación artística de la capilla a cargo del rector del seminario.

Después del paréntesis de la comida, mantenida en el seminario en un ambiente de cordialidad, comenzó el trabajo de tarde sobre las 16.00 ho-

ras. Comenzamos en Oración, invocando al Espíritu Santo para que ilumine nuestros trabajos.

A continuación Pedro Tomás Navajas, de la Comisión teológico-pastoral, introduce el primer bloque temático sobre el que se va a trabajar en las mesas (“La alegría de creer hoy: renovar el encuentro con Jesús”) detallando el significado de cada una de las palabras de este título y el contenido de los temas de las mesas temáticas: “La oración en la vida cristiana a nivel personal y comunitario”, “A la escucha de la Palabra: formación bíblica y *lectio divina*”, “La eucaristía: una celebración comunitaria y participada”, “Una Iglesia en estado de misión: la importancia del primer anuncio” y “Procesos formativos: convertirse en discípulos misioneros”.

Por parte del vicario de pastoral, José Luis Lastra, se señaló la organización y distribución de las mesas de trabajo, así como las funciones de moderador, experto y miembro de Comisión teológica. Se aclararon dudas, votaciones y modos de presentar las propuestas.

Hasta las 19,00 horas se reunieron las 171 personas inscritas repartidas en las cinco mesas temáticas (tres de ellas desdobladas en dos grupos) y un sexto grupo de trabajo sobre “Misión *ad gentes* y cooperación entre Iglesias”. Hubo ambiente de diálogo y debate en las propuestas a presentar al plenario que se desarrollará el próximo sábado 19 de Febrero.

JOSÉ IGNACIO LORENZO URRUCHI
Secretaría de la Asamblea

VII

CRÓNICA DEL CONSEJO PASTORAL DIOCESANO

(Sesión ordinaria 22 de enero 2022)

En la mañana del 22 de enero, tuvo lugar la sesión ordinaria del Consejo Pastoral diocesano, presidido por D. Mario Iceta Gavicagogeascoa, en el Seminario San José (espacio Compañeros de Valentín Palencia). Participaron 56 miembros de los 71 que lo forman.

El saludo de D. Mario Iceta abrió el Consejo dando la bienvenida y las gracias a los miembros presentes, pidiendo el don de la unidad al Espíritu Santo.

Felipe Rodríguez Miguel, de Ecumenismo, dirigió la oración inicial, en el 5º Día del Octavario por la Unidad de los Cristianos, con el Tema “Hemos visto brillar su estrella y venimos a adorarle”.

Acto seguido José Luis Lastra, Vicario pastoral, hizo votar a mano alzada el acta de la sesión del 2 de octubre, quedando aprobada sin ninguna corrección. Justificó las ausencias e hizo la presentación del orden del día.

Lucía Ferreras presentó los trabajos del Sínodo recogiendo lo que se ha ido haciendo en la Diócesis desde su inauguración el 16 de octubre, con una Eucaristía, hasta hoy. A continuación, hasta el descanso, se trabajó en 8 grupos para responder a las preguntas del Sínodo y después otro tiempo para la puesta en común, que fue moderada por Serafín Tapia. Existe un documento anexo donde se recogen las aportaciones.

Al finalizar esta parte José Luis Lastra propuso un momento de diálogo sobre las dos cuestiones que habían aparecido como más importantes: Consejo Pastoral: cómo mejorar su sinodalidad, conocimiento y comunicación y Formación para trabajar en sinodalidad.

D. Mario cerró esta parte con tres aportaciones. Primera, sobre el camino que tenemos que recorrer, donde aportó su experiencia en Bilbao sobre el funcionamiento de las delegaciones, la necesidad de mayor implicación de los laicos y la corresponsabilidad en la comunión, en la participación y en la misión. Segunda, una reflexión sobre las palabras que más habían aparecido en la puesta en común. Y tercera, la formación, recordando el itinerario 3 del Congreso de Laicos, y animando a valorar la presencia de la Facultad de Teología que tenemos en la diócesis.

A continuación Julio Andrés Alonso y José Ignacio Lorenzo explicaron los preparativos sobre la fase final de la Asamblea:

1. Relación provisional de miembros.
2. Consejo de Presidencia.
3. Horario de cada sesión.
4. Mesas temáticas y dinámicas.
5. Eucaristías principales.
6. Vigilias arciprestales e iglesias abiertas para la oración.
7. Material litúrgico para las parroquias y comunidades.
8. Posible acto público con motivo de la Asamblea (el Consejo manifestó su acuerdo para preparar algún acto).

La última parte del Consejo se dedicó a otras informaciones y temas breves:

D. Mario informó sobre la visita *ad limina*: Horario, actividades, visitas a los diferentes dicasterios y el encuentro de 2 horas con el Santo Padre y los regalos ofrecidos. Finalizó hablando del problema de las inmatriculaciones y del perfil del presbítero.

Jorge Lara de Familia y Vida informó de algunas iniciativas: Aula de Pastoral familiar, la celebración de la Sagrada Familia, la semana del matrimonio y el encuentro en Roma en junio.

La Delegación de Religiosidad popular informó de la 4ª Semana del Cofrade los días 7, 8, 9 y 10 de febrero.

La delegación de Enseñanza informó del próximo Congreso de profesores de religión en Burgos, así como de la Semana de Cine Espiritual.

Y la delegación de Infancia y Juventud comentó dos actividades:

El Encuentro de Adolescentes en la Noche Alternativa, el 4 de febrero y la PEJ: Peregrinación Europea de Jóvenes del 27 de julio al 2 de agosto.

José Luis Lastra informó del encuentro de Pastoral Obrera del 29 de enero y la sesión de videofórum con la película “Adu” sobre migraciones y trabajo.

La próxima sesión del Consejo Pastoral Diocesano tendrá lugar el 14 de mayo con el “después” de la Asamblea y las Unidades pastorales en el programa.

I

NOMBRAMIENTOS

- Con fecha de 16 de febrero de 2022, **D. Antonio María García Ibeas**, ha sido nombrado párroco de las parroquias de Cogollos, Madrigal del Monte, Tornadijo y Valdorros.
- Con fecha de 16 de febrero de 2022, **D. Francisco Javier Marcos Benito**, ha sido nombrado adscrito a las parroquias de Sarracín, Cojóbar, Cubillo del Campo, Hontoria de la Cantera, Humienta, Olmos de Albos, Modúbar de la Emparedada, Revillaruz, Saldaña, San Quirce, Cogollos, Madrigal del Monte, Tornadijo y Valdorros.

CESES

- Cesa D. Tomás Pérez Poza como párroco de las parroquias de Cogollos, Madrigal del Monte, Tornadijo y Valdorros.

II

CONSULTA A LOS SUSCRIPTORES DEL BOLETÍN

Queridos lectores, antes de tomar una decisión sobre algunas cuestiones de esta publicación queremos consultaros para conocer vuestra opinión.

1. Si queréis recibir el boletín impreso en papel o si os basta que se pueda leer digitalmente, pues se puede leer en la página Web de la Archidiócesis.
2. Si queréis que en el boletín se publiquen los mensajes del Papa o si queréis que no se publiquen, pues se pueden leer en la página Web del Vaticano.
3. Si queréis recibir el boletín mensualmente, con las noticias más recientes, o si os basta con recibirlo cada trimestre.

Podéis responder a través del correo postal: Fernando Arce Santamaría, Arzobispado de Burgos, c/ Eduardo Martínez del Campo 7, 09003 – Burgos, o a través del siguiente link: <https://acortar.link/nZlQys>



CONSULTAS	SI	NO
1 ¿Quieres recibir el Boletín en papel impreso?		
2 ¿Quieres que el Boletín incluya los mensajes del Papa?		
3 ¿Quieres que el Boletín se publique mensualmente?		
Observaciones:		

III

JUBILACIONES EN EL SISTEMA DE LA SEGURIDAD SOCIAL

Con fecha de 22 de febrero de 2022 el Sr. Arzobispo ha aceptado la solicitud de jubilación dentro del Sistema de la Seguridad Social del Rvdo. Sr. D. Francisco Javier Marcos Benito.

VI

EN LA PAZ DEL SEÑOR

1. SOR MARÍA ADORACIÓN RODRIGO RUIZ, Monja de Canónigas de San Agustín



Sor Adoración, monja de la orden de las Canónigas Regulares Lateranenses de San Agustín, del Monasterio de Santa Dorotea de Burgos, falleció el día 18 de febrero de 2022 a los 93 años de edad y 78 años de vida religiosa.

Nació en Villorejo (Burgos) el día 27 de febrero de 1928. En su tierna edad, sintió la llamada de Dios. Entró en el monasterio de Santa Dorotea, el día 30 de octubre 1944, a los 16 años.

Fue una religiosa enamorada y entregada plenamente a Dios. Pasó por muchos oficios, realizándolos siempre con entusiasmo, amor y generosidad. En diferentes períodos y durante muchos

años sirvió a la comunidad como Priora y siempre supo tener una palabra de sabiduría y consejo tanto con las hermanas como con todos aquellos que se acercaban. Quienes tuvimos la suerte de convivir con ella, siempre la recordamos con cariño afectuoso, como una hermana y madre de talante sencillo, bondadoso y alegre. Uno de sus sobrinos decía que, cuando la visitaba, transmitía siempre “luz” y alegría.

Alguna vez sor Adoración nos decía que en sus oraciones tenía presentes las necesidades de la Iglesia y del mundo y pedía especialmente por la paz.

Que ahora el Señor la tenga en su presencia y en su gozo eternos.

Q.E.P.D.

2. D. BERNARDINO DUQUE SANZ



El día 26 de febrero ha fallecido Bernardino Duque Sanz. Nació el 23/03/1937. Fue ordenado sacerdote el día 21/01/1962. Comienza a ejercer su ministerio sacerdotal en la Diócesis de Chillán (Chile). Él fue por años responsable de vocaciones y seminaristas, secretario del Obispado, Administrador y salvador de la economía del Obispado, Administrador de Tabor, Cursillos de Cristiandad, Capillas Divino Maestro Jesús Obrero, San Vicente, Religiosas, Tucapel, Yungay de donde partió accidentado a España.

Se incorporó a la Diócesis de Burgos el año 1996 como Párroco de Tórtoles de Esgueva y Servicios, y párroco de Vadocondes y servicios. Se retira en la residencia de ancianos El Carmen regentada por las hermanas de la Asociación de la Virgen de los Dolores de Peñaranda de Duero donde ha ejercido como capellán.

El funeral se celebrará el día 27 a las cinco de la tarde en Zazuar, su pueblo natal. La capilla ardiente será instalada en Servicios funerarios Arandinos (carretera Palencia).

El Sr. Arzobispo y el presbiterio, sus hermanos y familiares y las Hermanas Reparadoras de la Virgen Dolorosa lloran su pérdida y se unen en oración para dar gracias por su vida y ponerlo en manos del Padre que le recibe ya para siempre.

Purificado en la última etapa de su vida por la enfermedad bien podemos poner en sus labios estas palabras de S. Francisco de Asís: “... yo no soy un cobarde que teme a la muerte. El Señor, por su gracia y misericordia, me ha unido tan estrechamente a Él, que me siento tan feliz para vivir como para morir” (LP 100 a-c) .

D.E.P.

Sección Pastoral e información

Jubileo - VIII Centenario de la Catedral

1

UMAS financiará las actividades pastorales vinculadas al VIII Centenario de la Catedral

Destinará 10.000 euros a financiar los gastos de la Asamblea Diocesana. Además, también costeará los materiales de los participantes en el proceso sinodal.



2

Harina, magia, juegos y amistad: los ingredientes del Jubileo de los niños

La octava edición del encuentro «VEM» ha recuperado la presencia con 270 participantes y ha contado con una peregrinación hasta la Catedral.



3

La parroquia de San Josemaría celebra el Jubileo de la Catedral

Como todos los peregrinos, atravesaron la Puerta Santa, renovaron las promesas del bautismo, hicieron profesión de fe y rezaron por la Iglesia y las intenciones del Santo Padre.



4

Las reliquias de los últimos beatos burgaleses, a la veneración de los fieles en la Catedral

Con motivo del Año Jubilar, la capilla de las Reliquias recibe durante los viernes de febrero algunos restos de los últimos beatos burgaleses incorporados al santoral.



Juan de Colonia: así se construyeron las torres de la Catedral

La Fundación VIII Centenario de la Catedral. Burgos 2021 traduce del alemán la tesis doctoral de Nicolás Menéndez González, profesor en la Universidad Heinrich Heine de Düsseldorf.



NOTICIAS DE INTERÉS

1

El amor, la virtud de san Lesmes que «todos podemos imitar»

Don Mario Iceta presidió la solemne eucaristía en honor del patrón de la ciudad. Una fiesta que volvió a recuperar algunas de las tradiciones suspendidas el año pasado a causa de la pandemia.



2

Las cofradías calientan motores para la Semana Santa

Aún con las debidas cautelas, hermandades y cofradías se reunieron la pasada semana con el arzobispo para planificar las primeras procesiones en la calle después de dos años en pandemia.



3

La vida consagrada, «luz en los oscuros agujeros de la historia»

Don Mario Iceta ha presidido el día 2 en la Catedral la jornada de la Vida Consagrada y ha trasladado a los religiosos su agradecimiento por estar presentes «en todas las miserias humanas».



4

La Iglesia en Burgos lleva adelante un proceso de consulta y reflexión para diseñar su futuro

Rueda de prensa anunciando la fase final de la Asamblea Diocesana, que reunirá a 183 personas, en representación de todo el Pueblo de Dios, que planificarán la marcha diocesana de los próximos años.



Cincuenta voluntarios se alistan en las filas de Cáritas

Las nuevas incorporaciones realizaron la pasada semana un curso básico de formación. Suplen así el déficit de voluntarios que arrastraba la entidad tras el estallido de la pandemia.



El amor, la clave de bóveda en la vida del cofrade

Miembros de cofradías y hermandades han participado en sus últimas sesiones de formación, que han profundizado en el magisterio del papa Francisco.



La Pastoral de la Salud, «posada del Buen Samaritano»

La fiesta de la Virgen de Lourdes marcó el inicio de la Campaña del Enfermo 2022 que, con el lema «Acompañar en el sufrimiento», se prolongará hasta el 22 de mayo.



Hacia una Iglesia más misionera, tema de la segunda sesión de la Asamblea Diocesana

El sábado 19 se votarán 53 enmiendas presentadas al primer capítulo y comenzarán las reflexiones del segundo de los bloques de trabajo, sobre «el gozo de vivir como Iglesia».



320 profesores de Religión de Castilla y León participan en Burgos en un congreso formativo

La jornada pretende poner en común los conocimientos, avances y técnicas innovadoras referidos a la clase de Religión favoreciendo el encuentro y diálogo entre los profesores de la materia.



10

Erik el Belga: el fin del expolio de los tapices de Castrojeriz

Uno de los fragmentos que quedaba por recuperar fue devuelto a la policía por el abogado del difunto criminal y ha sido entregado a la Archidiócesis después de 40 años de investigación.



11

Por una organización eclesial al servicio del evangelio y la sociedad

Cuestiones relativas a las estructuras y modos de organización diocesana han marcado la segunda sesión de trabajo de la Asamblea, que ha votado medio centenar de enmiendas al primero de los capítulos.



12

Religión en el aula: «Una asignatura como una Catedral»

350 profesores de Religión de la escuela pública y concertada de Castilla y León se dieron cita el 19 de febrero en Burgos para celebrar su VI congreso regional.



Conferencia Episcopal

I

DIRECCION EN INTERNET:
www.conferenciaepiscopal.es

II

EJERCICIOS ESPIRITUALES DE LOS OBISPOS

El domingo 6 de febrero comienzan los ejercicios espirituales de los obispos españoles que se prolongarán hasta el próximo sábado, día 12 de febrero, organizados por la Conferencia Episcopal Española. En esta ocasión serán dirigidos por el P. Darío Mollá Llácer, SJ.

III

«MATRIMONIO ES +», UNA WEB PARA APOYAR LA SEMANA DEL MATRIMONIO, QUE SE CELEBRA DEL 14 AL 20

«El matrimonio es +». Con este lema la Conferencia Episcopal Española (CEE) celebra del 14 al 20 de febrero la Semana del Matrimonio. Una iniciativa que se ha puesto en marcha a través de la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la vida con el objetivo de que los matrimonios católicos renueven su compromiso y para mostrar a la sociedad la belleza del matrimonio. Con este proyecto, la CEE se une al Año Familia Amoris Laetitia, convocado por el papa Francisco.

III

EN LA PAZ DEL SEÑOR: MONS. ANTONI VADELL

El obispo de Mallorca, Mons. Sebastià Taltavull, preside a las 17.00 horas del martes 15 de febrero, el funeral de corpore in sepulto por Mons.

Antoni Vadell en la catedral de Mallorca. Concelebrarán el arzobispo de Barcelona, cardenal Juan José Omella, y los dos obispos auxiliares, Mons. Sergi Gordo y Mons. Javier Vilanova. Posteriormente, el féretro será trasladado al santuario de Nostra Senyora de Gràcia (Lluçmajor, Mallorca) donde recibirá sepultura en un acto familiar y privado. Mons. Antonio Vadell fallecía, a los 49 años de edad, la madrugada del sábado 12 de febrero, fiesta de santa Eulalia, patrona de Barcelona, tras una larga y dolorosa enfermedad.

IV

EL SACERDOTE CRISTÓBAL DÉNIZ, NOMBRADO OBISPO AUXILIAR DE CANARIAS



El papa Francisco ha nombrado al sacerdote Cristóbal Déniz Hernández obispo auxiliar de la diócesis de Canarias. Cristóbal Déniz es en la actualidad vicario general de esta diócesis. El nombramiento se hace público hoy, miércoles 16 de febrero de 2022, a las 12.00 h., y así lo ha comunicado la Nunciatura Apostólica a la Conferencia Episcopal Española.

V

MIEMBROS DEL SERVICIO DE COORDINACIÓN Y AYUDA A LAS VÍCTIMAS DE ABUSOS

Como acordó la Asamblea Plenaria en su última reunión, la Conferencia Episcopal Española ha creado un Servicio de coordinación y asesoramiento para las oficinas diocesanas con el objetivo de servir de apoyo y referencia a estas oficinas en su trabajo. Este Servicio estará formado por la psiquiatra Montserrat Lafuente, que trabaja ya en la Oficina de la diócesis de Vic; M^a José Díez, responsable de la Oficina de Astorga; el sacerdote Jesús Rodríguez, miembro del Tribunal de la Rota; y Jesús Miguel Zamora, secretario general de CONFER.

VI

LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA ENCARGA UNA AUDITORÍA INDEPENDIENTE A CREMADES & CALVO-SOTELO

El presidente de la Conferencia Episcopal Española, cardenal Juan José Omella, y el presidente de la firma legal Cremades & Calvo-Sotelo, Javier Cremades, han informado esta mañana en rueda de prensa del proyecto encargado al bufete para que realice una auditoría independiente acerca de los informes e investigaciones sobre los casos de abusos a menores en el seno de la Iglesia española. Esta auditoría tiene un plazo previsto de 12 meses.

Santo Padre



I

DIRECCIÓN EN INTERNET:
www.vatican.va

II

PAPA FRANCISCO AUDIENCIA GENERAL

(Aula Pablo VI. Miércoles, 2 de febrero de 2022)

Catequesis sobre san José 10. San José y la comunión de los santos

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En estas semanas hemos podido profundizar en la figura de San José dejándonos guiar por las pocas, pero importantes noticias que dan los Evangelios, y también por los aspectos de su personalidad que la Iglesia a lo largo de los siglos ha podido evidenciar a través de la oración y la devoción. A partir precisamente de este “*sentir común*” que en la historia de la Iglesia ha acompañado la figura de san José, hoy quisiera detenerme sobre un importante artículo de fe que puede enriquecer nuestra vida cristiana y puede también enfocar de la mejor forma nuestra relación con los santos y con nuestros seres queridos difuntos: hablo de la *comunión de los santos*.

Muchas veces decimos, en el Credo, “creo en la comunión de los santos”. Pero si se pregunta qué es la comunión de los santos, yo recuerdo que de niño respondía enseguida: “Ah, los santos hacen la comunión”. Es una cosa que... no entendemos qué decimos. ¿Qué es la comunión de los santos? No es que los Santos hagan la comunión, no es esto: es otra cosa.

A veces también el cristianismo puede caer en formas de devoción que parecen reflejar una mentalidad más pagana que cristiana. La diferencia fundamental está en el hecho de que nuestra oración y nuestra devoción del pueblo fiel no se basa, en esos casos, en la confianza en un ser humano, o en una imagen o en un objeto, incluso cuando sabemos que son sagrados. Nos recuerda el profeta Jeremías: «Maldito sea aquel que fía en hombre [...]. Bendito sea aquel que fía en Yahveh» (17,5-7). Incluso cuando nos encomendamos plenamente a la intercesión de un santo, o más aún de la Virgen María, nuestra confianza tiene valor solamente en relación con Cristo. Como si el camino hacia este santo o la Virgen no terminara ahí: no. Va ahí, pero en relación con Cristo. Cristo es el vínculo que nos une a Él y entre nosotros que tiene un nombre específico: esta unión que nos une a todos, entre nosotros y nosotros con Cristo, es la “comunidad de los santos”. No son los santos los que realizan los milagros, ¡no! “Este santo es muy milagroso...”: no, detente: los santos no realizan milagros, sino solamente la gracia de Dios que actúa a través de ellos. Los milagros han sido hechos por Dios, por la gracia de Dios que actúa a través de una persona santa, una persona justa. Esto es necesario tenerlo claro. Hay gente que dice: “Yo no creo en Dios, pero creo en este santo”. No, está equivocado. El santo es un intercesor, uno que reza por nosotros y nosotros le rezamos, y reza por nosotros y el Señor nos da la gracia: el Señor actúa a través del Santo.

¿Qué es la “comunidad de los santos”? El *Catecismo de la Iglesia Católica* afirma: «La comunidad de los santos es precisamente la Iglesia» (n. 946). ¡Pero mira qué bonita definición! “La comunidad de los santos es precisamente la Iglesia”. ¿Qué significa esto? ¿Qué la Iglesia está reservada a los perfectos? No. Significa que es la comunidad de los *pecadores salvados*. La Iglesia es la comunidad de los pecadores salvados. Es bonita esta definición. Nadie puede excluirse de la Iglesia, todos somos pecadores salvados. Nuestra santidad es el fruto del amor de Dios que se ha manifestado en Cristo, el cual nos santifica amándonos en nuestra miseria y salvándonos de ella. Siempre gracias a Él nosotros formamos un solo cuerpo, dice san Pablo, en el que Jesús es la cabeza y nosotros los miembros (cf. *1 Cor* 12,12). Esta imagen del cuerpo de Cristo y la imagen del cuerpo nos hace entender enseguida qué significa estar unidos los unos a los otros en *comunidad*: «Si sufre un miembro –escribe San Pablo– todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte de su gozo. Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte» (*1 Cor* 12,26-27). Esto dice Pablo: todos somos un cuerpo, todos unidos por la fe, por el bautismo, todos en comunidad: unidos en comunidad con Jesucristo. Y esta es la comunidad de los santos.

Queridos hermanos y queridas hermanas, la alegría y el dolor que tocan mi vida concierne a todos, así como la alegría y el dolor que tocan la vida del hermano y de la hermana junto a nosotros me concierne a mí. Yo

no puedo ser indiferente a los otros, porque todos somos parte de un cuerpo, en comunión. En este sentido, también el pecado de una única persona concierne siempre a todos, y el amor de cada persona concierne a todos. En virtud de la comunión de los santos, de esta unión, cada miembro de la Iglesia está unido a mí de forma profunda –pero no digo a mí porque soy el Papa– estamos unidos recíprocamente y de forma profunda, y esta unión es tan fuerte que no puede romperse ni siquiera por la muerte. De hecho, la comunión de los santos no concierne solo a los hermanos y las hermanas que están junto a mí en este momento histórico, sino que concierne también a los que han concluido su peregrinación terrena y han cruzado el umbral de la muerte. También ellos están en comunión con nosotros. Pensemos, queridos hermanos y hermanas: en Cristo nadie puede nunca separarnos verdaderamente de aquellos que amamos porque la unión es una unión existencial, una unión fuerte que está en nuestra misma naturaleza; cambia solo la forma de estar junto a cada uno de ellos, pero nada ni nadie puede romper esta unión. “Padre, pensemos en aquellos que han renegado de la fe, que son apóstatas, que son los perseguidores de la Iglesia, que han renegado su bautismo: ¿también estos están en casa?”. Sí, también estos, también los blasfemos, todos. Somos hermanos: esta es la comunión de los santos. La comunión de los santos mantiene unida la comunidad de los creyentes en la tierra y en el Cielo.

En este sentido, la relación de amistad que puedo construir con un hermano o una hermana junto a mí, puedo establecerla también con un hermano o una hermana que están en el Cielo. Los santos son amigos con los que muy a menudo tejemos relaciones de amistad. Lo que nosotros llamamos devoción –yo soy muy devoto a este santo, a esta santa– es en realidad una forma de expresar el amor a partir precisamente de este vínculo que nos une. También en la vida de todos los días se puede decir: “Pero, esta persona tiene mucha devoción por sus ancianos padres”: no, es una forma de amor, una expresión de amor. Y todos nosotros sabemos que a un amigo podemos dirigirnos siempre, sobre todo cuando estamos en dificultad y necesitamos ayuda. Y nosotros tenemos amigos en el cielo. Todos necesitamos amigos; todos necesitamos relaciones significativas que nos ayuden a afrontar la vida. También Jesús tenía a sus amigos, y a ellos se ha dirigido en los momentos más decisivos de su experiencia humana. En la historia de la Iglesia hay constantes que acompañan a la comunidad creyente: ante todo el gran afecto y el vínculo fortísimo que la Iglesia siempre ha sentido en relación con María, Madre de Dios y Madre nuestra. Pero también el especial honor y afecto que ha rendido a san José. En el fondo, Dios le confía a él lo más valioso que tiene: su Hijo Jesús y la Virgen María. Es siempre gracias a la comunión de los santos que sentimos cerca de nosotros a los santos y a las santas que son nuestros patronos, por el nombre que tenemos, por ejemplo, por la Iglesia a la que pertenecemos, por el lugar donde vivimos, etc., también por una devoción personal. Y esta es la confianza que debe animarnos

siempre al dirigirnos a ellos en los momentos decisivos de nuestra vida. No es algo mágico, no es una superstición, la devoción a los santos; es simplemente hablar con un hermano, una hermana que está delante de Dios, que ha recorrido una vida justa, una vida santa, una vida ejemplar, y ahora está delante de Dios. Y yo hablo con este hermano, con esta hermana y pido su intercesión por mis necesidades.

Precisamente por esto me gusta concluir esta catequesis con una **oración** a san José a la que estoy particularmente unido y que recito cada día desde hace más de 40 años. Es una oración que encontré en un libro de oraciones de las Hermanas de Jesús y María, del 1700, finales del siglo XVIII. Es muy bonita, pero más que una oración es un desafío a este amigo, a este padre, a este custodio nuestro que es san José. Sería bonito que vosotros aprendierais esta oración y pudierais repetirla. La leeré: “Glorioso patriarca san José, cuyo poder sabe hacer posibles las cosas imposibles, ven en mi ayuda en estos momentos de angustia y dificultad. Toma bajo tu protección las situaciones tan graves y difíciles que te confío, para que tengan una buena solución. Mi amado Padre, toda mi confianza está puesta en ti. Que no se diga que te haya invocado en vano y, como puedes hacer todo con Jesús y María, muéstrame que tu bondad es tan grande como tu poder”. Y termina con un desafío, esto es desafiar a San José: “porque tú puedes hacer todo con Jesús y María, muéstrame que tu bondad es tan grande como tu poder”. Yo me encomiendo todos los días a san José, con esta oración, desde hace más de 40 años: es una vieja oración.

Adelante, ánimo, en esta comunión de todos los santos que tenemos en el cielo y en la tierra: el Señor no nos abandona.

III

FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR XXVI JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA

SANTA MISA PARA LOS CONSAGRADOS
HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

(Basílica de San Pedro. Miércoles, 2 de febrero de 2022)

Dos ancianos, Simeón y Ana, esperan en el templo el cumplimiento de la promesa que Dios ha hecho a su pueblo: la llegada del Mesías. Pero no es una espera pasiva sino llena de movimiento. En este contexto, sigamos pues los pasos de Simeón: él, en un primer momento, es conducido por el Espíritu, luego, ve en el Niño la salvación y, finalmente, lo toma en sus brazos (cf. *Lc* 2,26-28). Detengámonos en estas tres acciones y dejémonos

interpelar por algunas cuestiones importantes para nosotros, en particular para la vida consagrada.

La primera, ¿qué es lo que nos mueve? Simeón va al templo «conducido por el mismo Espíritu» (v. 27). El Espíritu Santo es el actor principal de la escena. Es Él quien inflama el corazón de Simeón con el deseo de Dios, es Él quien aviva en su ánimo la espera, es Él quien lleva sus pasos hacia el templo y permite que sus ojos sean capaces de reconocer al Mesías, aunque aparezca como un niño pequeño y pobre. Así actúa el Espíritu Santo: nos hace capaces de percibir la presencia de Dios y su obra no en las cosas grandes, tampoco en las apariencias llamativas ni en las demostraciones de fuerza, sino en la pequeñez y en la fragilidad. Pensemos en la cruz, también ahí hay una pequeñez, una fragilidad, incluso un dramatismo. Pero ahí está la fuerza de Dios. La expresión “conducido por el Espíritu” nos recuerda lo que en la espiritualidad se denominan “mociones espirituales”, que son esas inspiraciones del alma que sentimos dentro de nosotros y que estamos llamados a escuchar, para discernir si provienen o no del Espíritu Santo. Estemos atentos a las mociones interiores del Espíritu.

Preguntémosnos entonces, ¿de quién nos dejamos principalmente inspirar? ¿Del Espíritu Santo o del espíritu del mundo? Esta es una pregunta con la que todos nos debemos confrontar, sobre todo nosotros, los consagrados. Mientras el Espíritu lleva a reconocer a Dios en la pequeñez y en la fragilidad de un niño, nosotros a veces corremos el riesgo de concebir nuestra consagración en términos de resultados, de metas y de éxito. Nos movemos en busca de espacios, de notoriedad, de números –es una tentación–. El Espíritu, en cambio, no nos pide esto. Desea que cultivemos la fidelidad cotidiana, que seamos dóciles a las pequeñas cosas que nos han sido confiadas. Qué hermosa es la fidelidad de Simeón y de Ana. Cada día van al templo, cada día esperan y rezan, aunque el tiempo pase y parece que no sucede nada. Esperan toda la vida, sin desanimarse ni quejarse, permaneciendo fieles cada día y alimentando la llama de la esperanza que el Espíritu encendió en sus corazones.

Podemos preguntarnos, hermanos y hermanas, ¿qué es lo que anima nuestros días? ¿Qué amor nos impulsa a seguir adelante? ¿El Espíritu Santo o la pasión del momento, o cualquier otra cosa? ¿Cómo nos movemos en la Iglesia y en la sociedad? A veces, aun detrás de la apariencia de buenas obras, puede esconderse el virus del narcisismo o la obsesión de protagonismo. En otros casos, incluso cuando realizamos tantas actividades, nuestras comunidades religiosas parece que se mueven más por una repetición mecánica –hacer las cosas por costumbre, sólo por hacerlas– que por el entusiasmo de entrar en comunión con el Espíritu Santo. Nos hará bien a todos verificar hoy nuestras motivaciones interiores, discernir las mociones espirituales, porque la renovación de la vida consagrada pasa sobre todo por aquí.

Una segunda cuestión es, ¿qué ven nuestros ojos? Simeón, movido por el Espíritu, ve y reconoce a Cristo. Y reza diciendo: «mis ojos han visto tu salvación» (v. 30). Este es el gran milagro de la fe: que abre los ojos, transforma la mirada y cambia la perspectiva. Como comprobamos por los muchos encuentros de Jesús en los evangelios, la fe nace de la mirada compasiva con la que Dios nos mira, rompiendo la dureza de nuestro corazón, curando sus heridas y dándonos una mirada nueva para vernos a nosotros mismos y al mundo. Una mirada nueva hacia nosotros mismos, hacia los demás, hacia todas las situaciones que vivimos, incluso las más dolorosas. No se trata de una mirada ingenua, no, sino sapiencial: la mirada ingenua huye de la realidad o finge no ver los problemas; se trata, por el contrario, de una mirada que sabe “ver dentro” y “ver más allá”; que no se detiene en las apariencias, sino que sabe entrar también en las fisuras de la fragilidad y de los fracasos para descubrir en ellas la presencia de Dios.

La mirada cansada de Simeón, aunque debilitada por los años, ve al Señor, ve la salvación. ¿Y nosotros? Cada uno de nosotros puede preguntarse: ¿qué ven nuestros ojos? ¿qué visión tenemos de la vida consagrada? El mundo la ve muchas veces como un “despilfarro”: “Pero mira, aquel chico tan bueno, hacerse fraile”, o “una chica tan competente, hacerse religiosa... Es un despilfarro. Si por lo menos fuera feo o fea... Pero no, son buenos, y esto es un despilfarro”. Así pensamos nosotros. El mundo lo ve como si fuera una realidad del pasado, inútil. Pero nosotros, comunidad cristiana, religiosas y religiosos, ¿qué vemos? ¿tenemos puesta la mirada en el pasado, nostálgicos de lo que ya no existe o somos capaces de una mirada de fe clarividente, proyectada hacia el interior y más allá? Tener la sabiduría de *mirar* –esta la da el Espíritu–, mirar bien, medir bien las distancias, comprender la realidad. A mí me hace mucho bien ver consagrados y consagradas mayores, que con mirada radiante continúan a sonreír, dando esperanza a los jóvenes. Pensemos en las veces en las que nos hemos encontrado con esas miradas y bendigamos a Dios por ello. Son miradas de esperanza, abiertas al futuro. Y tal vez nos hará bien, en estos días, tener un encuentro, ir a visitar a nuestros hermanos religiosos y religiosas mayores, para mirarlos, para conversar con ellos, para preguntarles, para saber qué es lo que piensan. Creo que sería una buena medicina.

Hermanos y hermanas, el Señor no deja de mandarnos señales para invitarnos a cultivar *una visión renovada* de la vida consagrada. Esta es necesaria, pero bajo la luz y las mociones del Espíritu Santo. No podemos fingir no ver estas señales y continuar como si nada, repitiendo las cosas de siempre, arrastrándonos por inercia en las formas del pasado, paralizados por el miedo a cambiar. Lo he dicho muchas veces, hoy, la tentación es ir hacia atrás, por seguridad, por miedo, para conservar la fe, para conservar el carisma del fundador... Es una tentación. La tentación de ir hacia atrás y de conservar las “tradiciones” con rigidez. Metámonoslo en

la cabeza: la rigidez es una perversión, y detrás de toda rigidez hay graves problemas. Ni Simeón ni Ana eran rígidos, no, eran libres y tenían la alegría de hacer fiesta. Él, alabando al Señor y profetizando con valentía a la mamá; y ella, como buena viejita, yendo de un lado para otro diciendo: “Miren a estos, miren esto”. Dieron el anuncio con alegría, con ojos llenos de esperanza. Nada de inercias del pasado, nada de rigidez. Abramos los ojos: a través de las crisis –sí, es verdad, hay crisis–, de los números que escasean y de las fuerzas que disminuyen –“Padre, no hay vocaciones, ahora iremos hasta el fin del mundo para ver si encontramos alguna”– el Espíritu Santo nos invita a renovar nuestra vida y nuestras comunidades. ¿Y cómo lo haremos? Él nos indicará el camino. Nosotros abramos el corazón, con valentía, sin miedo. Abramos el corazón. Fijémonos en Simeón y Ana que, aun teniendo una edad avanzada, no transcurrieron los días añorando un pasado que ya no volvería, sino que abrieron sus brazos al futuro que les salía al encuentro. Hermanos y hermanas, no desaprovechemos el presente mirando al pasado, o soñando un mañana que jamás llegará, sino que pongámonos ante el Señor, en adoración, y pidámosle una mirada que sepa ver el bien y discernir los caminos de Dios. El Señor nos la dará, si nosotros se la pedimos. Con alegría, con fortaleza, sin miedo.

Por último, una tercera cosa, ¿qué estrechamos en nuestros brazos? Simeón tomó a Jesús en sus brazos (cf. v. 28). Esta es una escena tierna y densa de significado, única en los evangelios. Dios ha puesto a su Hijo en nuestros brazos porque acoger a Jesús es lo esencial, es el centro de la fe. A veces corremos el riesgo de perdernos y dispersarnos en mil cosas, de fijarnos en aspectos secundarios o de concéntranos en nuestros asuntos, olvidando que el centro de todo es Cristo, a quien debemos acoger como el Señor de nuestra vida.

Cuando Simeón toma en brazos a Jesús, sus labios pronuncian palabras de bendición, de alabanza y de asombro. Y nosotros, después de tantos años de vida consagrada, ¿hemos perdido la capacidad de asombrarnos? ¿O tenemos todavía esta capacidad? Hagamos un examen sobre esto, y si alguno no la encuentra, pida la gracia del asombro, el asombro ante las maravillas que Dios está haciendo en nosotros, ocultas como la del templo, cuando Simeón y Ana encontraron a Jesús. Si a los consagrados nos faltan palabras que bendigan a Dios y a los otros, si nos falta la alegría, si desaparece el entusiasmo, si la vida fraterna es sólo un peso, si nos falta el asombro, no es porque seamos víctimas de alguien o de algo, el verdadero motivo es que ya no tenemos a Jesús en nuestros brazos. Y cuando los brazos de un consagrado, de una consagrada no abrazan a Jesús, abrazan el vacío, que buscan rellenar con otras cosas, pero el vacío queda. Tener a Jesús en nuestros brazos, esta es la señal, este es el camino, esta es la “receta” de la renovación. Cuando no abrazamos a Jesús, entonces el corazón se encierra en la amargura. Es triste ver consagrados amargados,

que viven encerrados en la queja por las cosas que no van bien, en un rigor que nos vuelve inflexibles, con aires de aparente superioridad. Siempre se quejan de algo, del superior, de la superiora, de los hermanos, de la comunidad, de la cocina... Si no se quejan no viven. Nosotros en cambio debemos abrazar a Jesús en adoración y pedirle una mirada que sepa reconocer el bien y distinguir los caminos de Dios. Si acogemos a Cristo con los brazos abiertos, acogeremos también a los demás con confianza y humildad. De este modo, los conflictos no exasperan, las distancias no dividen y desaparece la tentación de intimidar y de herir la dignidad de cualquier hermana o hermano se apaga. Abramos, pues, los brazos a Cristo y a los hermanos. Ahí está Jesús.

Queridos amigos, queridas amigas, renovemos hoy con entusiasmo nuestra consagración. Preguntémonos qué motivaciones impulsan nuestro corazón y nuestra acción, cuál es la visión renovada que estamos llamados a cultivar y, sobre todo, tomemos en brazos a Jesús. Aun cuando experimentemos dificultades y cansancios –esto sucede, incluso desilusiones, sucede–, hagamos como Simeón y Ana, que esperan con paciencia la fidelidad del Señor y no se dejan robar la alegría del encuentro. Caminemos hacia la alegría del encuentro, esto es muy hermoso. Pongámoslo de nuevo a Él en el centro y sigamos adelante con alegría. Que así sea.

IV

VIDEOMENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA EL II DÍA INTERNACIONAL DE LA FRATERNIDAD HUMANA

(4 de febrero de 2022)

Queridos hermanos y hermanas

Permítanme, antes de nada, saludar con afecto y estima al Gran Imán Ahmed Al-Tayyeb con quien, hace exactamente tres años en Abu Dabi, firmé el *Documento sobre la fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común*. En estos años hemos caminado como hermanos conscientes de que, respetando nuestra respectivas culturas y tradiciones, estamos llamados a construir la fraternidad como una defensa contra el odio, la violencia y la injusticia.

Agradezco a todos aquellos que nos han acompañado en este camino: a Su Alteza el Jeque Mohamed bin Zayed Al-Nahyan por su constante compromiso en esa dirección, al Alto Comité para la Fraternidad Humana por las distintas iniciativas promovidas en distintas partes del mundo y

a la Asamblea General de las Naciones Unidas porque con la resolución de diciembre de 2020 ha permitido celebrar hoy el Segundo Día Internacional de la Fraternidad Humana. Y la gratitud se extiende a todas las instituciones civiles y religiosas que sostienen esta noble causa.

La fraternidad es uno de los valores humanos y universales que debería estar en la base de las relaciones entre los pueblos, de manera que cuantos sufren o son desfavorecidos no se sientan excluidos y olvidados, sino acogidos, sostenidos como parte de la única familia humana. ¡Somos hermanos!

Todos, en nuestro compartir sentimientos de fraternidad los unos por los otros, debemos hacernos promotores de una cultura de la paz, que anime el desarrollo sostenible, la tolerancia, la inclusión, la comprensión recíproca y la solidaridad.

Todos vivimos bajo el mismo cielo, independientemente de dónde y de cómo vivimos, del color de la piel, de la religión, de la clase social, del sexo, de la edad, de las condiciones de salud y de las económicas. Somos todos distintos y, al mismo tiempo, iguales, y este periodo de pandemia nos lo ha demostrado. Lo repito una vez más: solos no nos salvamos.

Vivimos todos bajo el mismo cielo, y en el nombre de Dios, nosotros que somos sus criaturas, debemos reconocernos hermanos y hermanas. Como creyentes, pertenecientes a distintas tradiciones religiosas, tenemos un papel que cumplir. ¿Cuál sería? Ayudar a nuestros hermanos y hermanas a elevar su mirada y su oración al Cielo. Levantemos los ojos al Cielo, porque quien adora a Dios con un corazón sincero ama también al prójimo. La fraternidad nos lleva a abrirnos al Padre de todos y a ver en el otro un hermano, una hermana, a compartir la vida, a sostenernos recíprocamente, a amar y conocer a los demás.

Vivimos todos bajo el mismo cielo. Hoy es el tiempo oportuno para caminar juntos. No lo dejemos para mañana o para un futuro que no sabemos si llegará; hoy es el tiempo oportuno para caminar juntos, los creyentes y todas las personas de buena voluntad, juntos. Es un día propicio para darse la mano, para celebrar nuestra unidad en la diversidad –unidad no uniformidad, unidad en la diversidad–, para decir a las comunidades y a las sociedades en las que vivimos que ha llegado el tiempo de la fraternidad. Todos juntos, porque es fundamental ser solidarios los unos con los otros. Y por eso hoy, lo repito, no es tiempo para la indiferencia, o somos hermanos o todo se derrumba. Y no se trata absolutamente de una expresión literaria de tragedia, no, sino de la verdad. O somos hermanos o todo se derrumba. Lo constatamos en las pequeñas guerras actuales, en esta tercera guerra mundial en pedazos. Cómo se destruyen los pueblos, cuánta hambre pasan los niños, cómo se derrumba la educación. Es una destrucción. O somos hermanos o todo se derrumba.

No es momento para olvidar. Debemos recordar cada día lo que Dios le dijo a Abrahán: que cuando levantara la mirada hacia las estrellas del cielo, vería la promesa de su descendencia, es decir a nosotros (cf. *Encuentro interreligioso en Ur*, 6 marzo 2021). Una promesa que, de hecho, se ha cumplido también en nuestras vidas; la promesa de una fraternidad amplia y luminosa como las estrellas del cielo.

Queridas hermanas y queridos hermanos, querido hermano Gran Imán.

El camino de la fraternidad es largo, difícil, pero es ancla de salvación para la humanidad. A las muchas señales de amenaza, a los tiempos oscuros, a la lógica del conflicto opongamos el signo de la fraternidad que, acogiendo al otro y respetando su identidad, lo impulsa a recorrer un camino común. No iguales, no; hermanos, pero cada uno con la propia personalidad, con la propia singularidad.

Gracias a todos los que trabajan con la convicción de que se puede vivir en paz y armonía, conscientes de la necesidad de un mundo más fraterno porque todos somos criaturas de Dios, hermanos y hermanas.

Gracias a los que se unirán a nuestro camino de fraternidad. Animo a todos a comprometerse con la causa de la paz y responder a los problemas y a las necesidades concretas de los últimos, de los pobres, de los indefensos. La propuesta es la de caminar el uno al lado del otro, “hermanos todos”, para ser concretamente constructores de paz y de justicia, en la armonía de las diferencias y en el respeto de la identidad de cada uno. Hermanas y hermanos, vayamos adelante juntos por este camino de la fraternidad. Muchas gracias.

V

PAPA FRANCISCO AUDIENCIA GENERAL

(Aula Pablo VI. Miércoles, 9 de febrero de 2022)

Catequesis sobre san José 11. San Jose, *Patrono de la buena muerte*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En la pasada catequesis, estimulados una vez más por la figura de san José, reflexionamos sobre el significado de la *comunión de los santos*. Y precisamente a partir de ella, hoy quisiera profundizar en la devoción especial que el pueblo cristiano siempre ha tenido por san José como *patrono de la buena muerte*. Una devoción nacida del pensamiento de que José murió con la presencia de la Virgen María y de Jesús, antes de que

ellos dejaran la casa de Nazaret. No hay datos históricos, pero como no se ve más a José en la vida pública, se cree que murió ahí en Nazaret, con su familia. Y para acompañarlo en la muerte estaban Jesús y María.

El Papa Benedicto XV, hace un siglo, escribía que «a través de José nosotros vamos directamente a María, y, a través de María, al origen de toda santidad, que es Jesús». Tanto José como María nos ayudan a ir a Jesús. Y animando las prácticas devotas en honor de san José, aconsejaba una en particular, y decía así: «Siendo merecidamente considerado como el más eficaz protector de los moribundos, habiendo muerto con la presencia de Jesús y María, será cuidado de los sagrados Pastores inculcar y fomentar [...] aquellas piadosas asociaciones que se han establecido para suplicar a José en favor de los moribundos, como las “de la Buena Muerte”, del “Tránsito de San José” y “por los Agonizantes”» (Motu proprio *Bonum sane*, 25 de julio de 1920): eran las asociaciones de la época.

Queridos hermanos y hermanas, quizá alguno piensa que este lenguaje y este tema sean solo un legado de pasado, pero en realidad nuestra relación con la muerte no se refiere nunca al pasado, está siempre presente. El Papa Benedicto decía, hace algunos días, hablando de sí mismo que “está delante de la puerta oscura de la muerte”. Es hermoso dar las gracias al Papa Benedicto que a los 95 años tiene la lucidez de decir esto: “Yo estoy delante de la oscuridad de la muerte, a la puerta oscura de la muerte”. ¡Nos ha dado un buen consejo! La llamada cultura del “bienestar” trata de eliminar la realidad de la muerte, pero la pandemia del coronavirus la ha vuelto a poner en evidencia de forma dramática. Ha sido terrible: la muerte estaba por todos lados, y muchos hermanos y hermanas han perdido a personas queridas sin poder estar cerca de ellas, y esto ha vuelto la muerte todavía más dura de aceptar y de elaborar. Me decía una enfermera que una abuela con el covid que estaba muriendo le dijo: “Yo quisiera saludar a mis seres queridos, antes de irme”. Y la enfermera, valiente, tomó el teléfono móvil y la conectó. La ternura de esa despedida...

A pesar de esto, se trata por todos los medios de alejar el pensamiento de nuestra finitud, engañándonos así para quitarle su poder a la muerte y ahuyentar el miedo. Pero la fe cristiana no es una forma de exorcizar el miedo a la muerte, sino que nos ayuda a afrontarla. Antes o después todos nos iremos por esa puerta.

La verdadera luz que ilumina el misterio de la muerte viene de la resurrección de Cristo. He ahí la luz. Y escribe san Pablo: «Ahora bien, si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo andan diciendo algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía también vuestra fe» (1 Cor 15,12-14). Hay una certeza: Cristo ha resucitado, Cristo ha resucitado, Cristo está

vivo entre nosotros. Y esta es la luz que nos espera detrás de esa puerta oscura de la muerte.

Queridos hermanos y hermanas, solo por la fe en la resurrección nosotros podemos asomarnos al abismo de la muerte sin que el miedo nos abrume. No solo eso: podemos dar a la muerte un rol positivo. De hecho, pensar en la muerte, iluminada por el misterio de Cristo, ayuda a mirar con ojos nuevos toda la vida. ¡Nunca he visto, detrás de un coche fúnebre, un camión de mudanzas! Detrás de un coche fúnebre: no lo he visto nunca. Nos iremos solos, sin nada en los bolsillos del sudario: nada. Porque el sudario no tiene bolsillos. Esa soledad de la muerte: es verdad, no he visto nunca detrás de un coche fúnebre un camión de mudanzas. No tiene sentido acumular si un día moriremos. Lo que debemos acumular es la caridad, es la capacidad de compartir, la capacidad de no permanecer indiferentes ante las necesidades de los otros. O, ¿qué sentido tiene pelearse con un hermano o con una hermana, con un amigo, con un familiar, o con un hermano o hermana en la fe si después un día moriremos? ¿De qué sirve enfadarse, enfadarse con los otros? Delante de la muerte muchas cuestiones se redimensionan. Está bien morir reconciliados, ¡sin dejar rencores ni remordimientos! Yo quisiera decir una verdad: todos nosotros estamos en camino hacia esa puerta, todos.

El Evangelio nos dice que la muerte llega como un ladrón, así dice Jesús: llega como un ladrón, y por mucho que nosotros intentemos querer tener bajo control su llegada, quizá programando nuestra propia muerte, permanece un evento al que tenemos que hacer frente y delante del cual también tomar decisiones.

Dos consideraciones para nosotros cristianos permanecen de pie. La primera: no podemos evitar la muerte, y precisamente por esto, después de haber hecho todo lo que humanamente es posible para cuidar a la persona enferma, resulta inmoral el encarnizamiento terapéutico (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2278). Esa frase del pueblo fiel de Dios, de la gente sencilla: “Déjalo morir en paz”, “ayúdalo a morir en paz”: ¡cuánta sabiduría! **La segunda consideración tiene que ver con la calidad de la muerte misma**, la calidad del dolor, del sufrimiento. De hecho, debemos estar agradecidos por toda la ayuda que la medicina se está esforzando por dar, para que a través de los llamados “cuidados paliativos”, toda persona que se prepara para vivir el último tramo del camino de su vida, pueda hacerlo de la forma más humana posible. Pero debemos estar atentos a no confundir esta ayuda con derivas inaceptables que llevan a matar. Debemos acompañar a la muerte, pero no provocar la muerte o ayudar cualquier forma de suicidio. Recuerdo que se debe privilegiar siempre el derecho al cuidado y al cuidado para todos, para que los más débiles, en particular los ancianos y los enfermos, nunca sean descartados. La vida es un derecho, no la muerte, que debe ser acogida, no suministrada. Y este

principio ético concierne a todos, no solo a los cristianos o a los creyentes. Yo quisiera subrayar aquí un problema social, pero real. Ese “planificar” –no sé si es la palabra adecuada–, o acelerar la muerte de los ancianos. Muchas veces se ve en una cierta clase social que a los ancianos, porque no tienen medios, se les dan menos medicinas respecto a las que necesitarían, y esto es deshumano: esto no es ayudarles, esto es empujarles más rápido hacia la muerte. Y esto no es humano ni cristiano. Los ancianos deben ser cuidados como un tesoro de la humanidad: son nuestra sabiduría. Incluso si no hablan, y si están sin sentido, son el símbolo de la sabiduría humana. Son aquellos que han hecho el camino antes que nosotros y nos han dejado muchas cosas bonitas, muchos recuerdos, mucha sabiduría. Por favor, no aislar a los ancianos, no acelerar la muerte de los ancianos. Acariciar a un anciano tiene la misma esperanza que acariciar a un niño, porque el inicio y el final de la vida son siempre un misterio, un misterio que debe ser respetado, acompañado, cuidado, amado.

Que san José pueda ayudarnos a vivir el misterio de la muerte de la mejor forma posible. Para un cristiano la buena muerte es una experiencia de la misericordia de Dios, que se hace cercana a nosotros también en ese último momento de nuestra vida. También en la oración del Ave María, nosotros rezamos pidiendo a la Virgen que esté cerca de nosotros “ahora y en la hora de nuestra muerte”. Precisamente por esto quisiera concluir esta catequesis rezando todos juntos a la Virgen por los agonizantes, por aquellos que están viviendo este momento de paso por esta puerta oscura, y por los familiares que están viviendo un luto. Recemos juntos: *Dios te salve María...*

VI

VIDEOMENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA VIII JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN Y REFLEXIÓN CONTRA LA TRATA DE PERSONAS

(Martes, 8 de febrero de 2022)

Queridas hermanas y queridos hermanos:

Dirijo mi saludo y mi agradecimiento a los organizadores de la Jornada mundial de oración y reflexión contra la trata de personas, promovida por la Unión Internacional de las Superioras Generales. Un agradecimiento especial al grupo Talitha Kum que coordina la iniciativa en colaboración con tantas organizaciones locales e internacionales. El tema de este año es: “La fuerza del cuidado. Mujeres, economía y trata de personas”. Esto nos invita a considerar la condición de las mujeres y de las niñas, sometido

das a múltiples formas de explotación, también a través de matrimonios forzados, esclavitud doméstica y laboral. Las miles de mujeres y niñas que cada año son víctimas de la trata denuncian las dramáticas consecuencias de modelos de relaciones fundados en la discriminación y en la sumisión. Y no es una exageración: ¡miles!

La organización de las sociedades de todo el mundo está aún lejos de reflejar con claridad el hecho de que las mujeres tienen la misma dignidad y los mismos derechos que los hombres. Se constata, lamentablemente, que «doblemente pobres son las mujeres que sufren situaciones de exclusión, maltrato y violencia, porque frecuentemente se encuentran con menores posibilidades de defender sus derechos» (*Enc. Fratelli tutti*, 23). La trata de personas, a través de la explotación doméstica y la sexual, devuelve violentamente a las mujeres y a las niñas a su supuesto papel de subordinadas a la prestación de servicios domésticos y de servicios sexuales, a su figura de proveedoras de cuidados y dispensadoras de placer, lo que vuelve a proponer un modelo de relaciones marcado por el poder del género masculino sobre el femenino. Todavía hoy, y a alto nivel.

¡La trata de personas es violencia! La violencia sufrida por cada mujer y cada niña es una herida abierta en el cuerpo de Cristo, en el cuerpo de toda la humanidad, es una herida profunda que nos afecta también a cada uno de nosotros.

Son tantas las mujeres que tienen el coraje de rebelarse a la violencia. También nosotros hombres estamos llamados a hacerlo, a decir no a toda violencia, incluida aquella contra las mujeres y las niñas. Y juntos podemos y debemos luchar para que los derechos humanos se declinen de manera específica, en el respeto de las diversidades y en el reconocimiento de la dignidad de toda persona, con especial atención a aquellos cuyos derechos fundamentales han sido violados.

Santa Bakhita nos indica la vía para la transformación. Su vida relata que el cambio es posible cuando nos dejamos transformar por el cuidado que Dios tiene para cada uno de nosotros. Es el cuidado de la misericordia, es el cuidado del amor que nos cambia en lo profundo y que nos hace capaces de acoger a los demás como hermanos y hermanas. Reconocer la dignidad de toda persona es el primer acto de cuidado. Es el primer acto de cuidado: ¡reconocer la dignidad! Y cuidar hace bien a todos, a quien da y a quien recibe, porque no es una acción unidireccional, sino que genera reciprocidad. Dios cuidó de Josefina Bakhita, la acompañó en el proceso de sanación de las heridas causadas por la esclavitud hasta hacer su corazón, su mente y sus entrañas capaces de reconciliación, de libertad y de ternura. Aliento a toda mujer y a toda joven a que se comprometa por la transformación y el cuidado, en la escuela, en familia, en la sociedad. Y aliento a todo hombre y a todo joven a no quedar fuera de este proceso de

transformación, recordando el ejemplo del Buen Samaritano: un hombre que no se avergüenza de inclinarse sobre el hermano y de cuidar de él. Cuidar es la acción de Dios en la historia, en nuestra historia personal y en la historia comunitaria. Dios ha cuidado y cuida de nosotros continuamente. Cuidar, juntos, hombres y mujeres es el llamamiento de esta Jornada mundial de oración y reflexión contra la trata: juntos podemos hacer crecer una economía del cuidado y contrastar con todas las fuerzas toda forma de explotación de la trata de personas.

Queridas hermanas y queridos hermanos, sé que muchos participáis en esta Jornada de oración y reflexión, desde varios países y desde diversas tradiciones religiosas. Expreso a todos mi gratitud y mi aliento: avancemos en la lucha contra la trata de personas y toda forma de esclavitud y de explotación. Os invito a todos a mantener viva la indignación –¡mantener viva la indignación!– y a encontrar cada día la fuerza de comprometeros con determinación en este frente. No tengáis miedo frente a la arrogancia de la violencia, no; no os rindáis a la corrupción del dinero y del poder.

Gracias a todos y adelante, ¡no os desaniméis! Que Dios os bendiga a vosotros y vuestro trabajo. ¡Gracias!

VII

CARTA APOSTÓLICA EN FORMA DE «MOTU PROPRIO» DEL SUMO PONTÍFICE **FRANCISCO**

«COMPETENTIAS QUASDAM DECERNERE»

CON LA QUE SE MODIFICAN ALGUNAS NORMAS DEL CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO Y DEL CÓDIGO DE CÁNONES DE LAS IGLESIAS ORIENTALES

Asignar algunas competencias, sobre disposiciones del código destinadas a garantizar la unidad de la disciplina de la Iglesia universal, a la potestad ejecutiva de las Iglesias y de las instituciones eclesiales locales, corresponde a la dinámica eclesial de la comunión y valoriza la proximidad. Una saludable descentralización no puede sino favorecer esta dinámica, sin menoscabo de la dimensión jerárquica.

Por lo tanto, teniendo presente la cultura eclesial y la mentalidad jurídica propia de cada Código, consideré conveniente introducir algunos cambios a la normativa hasta ahora vigente sobre algunas materias específicas,

atribuyendo las respectivas competencias. Se entiende favorecer, sobre todo, el sentido de la colegialidad y la responsabilidad pastoral de los obispos, diocesanos/eparquiales, o reunidos en Conferencias episcopales o según las Estructuras jerárquicas orientales, así como de los Superiores mayores, y además secundar los principios de racionalidad, eficacia y eficiencia.

La universalidad compartida y plural de la Iglesia, que abarca las diferencias sin homogeneizarlas, se refleja aún más en estos cambios normativos, con la garantía, en lo que se refiere a la unidad, del ministerio del Obispo de Roma. Al mismo tiempo se amina a una acción pastoral de gobierno de la autoridad local más eficaz y rápida, facilitada también por su cercanía a las personas y a las situaciones que lo requieran.

Por ello, he considerado oportuno establecer lo siguiente:

Art. 1

El c. 237 §2 CIC que trata sobre la erección de un seminario interdiocesano y sus propios estatutos sustituye el término aprobación con el término confirmación, quedando formulado así:

§ 2. No se debe erigir un seminario interdiocesano sin que la Conferencia Episcopal, cuando se trate de un seminario para todo su territorio, o, en caso contrario, los Obispos interesados hayan obtenido antes la confirmación de la Sede Apostólica, tanto de la erección del mismo seminario como de sus estatutos.

Art. 2

El c. 242 §1 CIC que trata sobre el Plan de formación sacerdotal establecida por la Conferencia Episcopal sustituye el término aprobada con el término confirmada, quedando formulado así:

§ 1. En cada nación ha de haber un Plan de formación sacerdotal, que establecerá la Conferencia Episcopal, teniendo en cuenta las normas dadas por la autoridad suprema de la Iglesia, y que ha de ser confirmada por la Santa Sede; y debe adaptarse a las nuevas circunstancias, igualmente con la confirmación de la Santa Sede; en este Plan se establecerán los principios y normas generales, acomodados a las necesidades pastorales de cada región o provincia.

Art. 3

El texto del c. 265 CIC que trata sobre el instituto de la incardinación agrega a las estructuras aptas a incardinar clérigos también aquellas Aso-

ciaciones públicas clericales que hayan obtenido de la Sede Apostólica tal facultad, armonizándose de este modo con el c. 357 § 1 CCEO, quedando formulado así:

Es necesario que todo clérigo esté incardinado en una Iglesia particular o en una prelatura personal, o en un instituto de vida consagrada o en una sociedad que goce de esta facultad, o también en una asociación pública clerical que haya obtenido de la Sede Apostólica tal facultad, de modo que de ninguna manera se admitan los clérigos acéfalos o vagos.

Art. 4

El c. 604 CIC que trata sobre el orden de las vírgenes y su derecho a asociarse incluye un nuevo párrafo formulado así:

§ 3. La admisión y erección de tales asociaciones a nivel diocesano es competencia del Obispo diocesano, en el ámbito de su territorio; a nivel nacional es competencia de la Conferencia Episcopal, en el ámbito del propio territorio.

Art. 5

El c. 686 § 1 CIC y el c. 489 § 2 CCEO que trata sobre la concesión, por causa grave, del indulto de exclaustación a un profeso de votos perpetuos, ampliando el límite del período de tiempo a cinco años, más allá del cual la competencia se reserva a la Sede Apostólica o al Obispo diocesano, quedando formulado así:

CIC - 686 § 1: El Superior general, con el consentimiento de su consejo, puede conceder por causa grave el indulto de exclaustación a un profeso de votos perpetuos, pero no por más de un quinquenio, y habiendo obtenido previamente, si se trata de un clérigo, el consentimiento del Ordinario del lugar en el que debe residir. Prorrogar ese indulto o concederlo por más de un quinquenio se reserva a la Santa Sede o, cuando se trata de un instituto de derecho diocesano, al Obispo diocesano.

CCEO - C. 489 § 2: El Obispo eparquial puede conceder este indulto sólo por un quinquenio.

Art. 6

El c. 688 § 2 CIC y los cc. 496 § 1-2 y 546 § 2 CCEO, inherente al profeso temporal que, con causa grave, pide abandonar el instituto, asignan la competencia del relativo indulto al Superior general, con el consentimien-

to de su consejo, ya sea que se trate, en el código latino, de un instituto de derecho pontificio o de un instituto de derecho diocesano; o en el código oriental, ya sea que se trate de un monasterio sui iuris, o de una orden, o de una congregación.

Por lo tanto, el § 2 del c. 496 CCEO queda abrogado y los otros cánones formulados así:

CIC - C. 688 § 2: Quien, durante la profesión temporal, pide, con causa grave, abandonar el instituto, puede conseguir del Superior general, con el consentimiento de su consejo, el indulto para marcharse; para un monasterio *sui iuris*, de los que trata el c. 615, ese indulto, para ser válido, ha de ser confirmado por el Obispo de la casa a la que el miembro está asignado.

CCEO - C. 496: Quien durante la profesión temporal quiere, con grave causa, salir del monasterio y volver a la vida secular, presente su petición al Superior del monasterio autónomo, al cual compete, con el consentimiento de su consejo, conceder el indulto, a no ser que el derecho particular, para los monasterios situados dentro de los límites del territorio de la Iglesia patriarcal, lo reserve al Patriarca.

CCEO - C. 546 § 2: Quien, durante los votos temporales, pide, con causa grave, abandonar la orden o la congregación, puede conseguir del Superior general, con el consentimiento de su consejo, el indulto para salir definitivamente de la orden o congregación y de volver a la vida secular, con los efectos de que trata el c. 493.

Art. 7

Los cc. 699 § 2, 700 CIC y los cc. 499, 501 §2, 552 § 1 CCEO son modificados, por lo que el decreto de expulsión del instituto, con causa grave, de un profeso temporal o perpetuo tiene efecto desde el momento en el que el decreto del Superior general, con el consentimiento de su consejo, es notificado al interesado, quedando siempre firme el derecho de que goza el religioso de recurrir. Por lo tanto, los textos de los respectivos cánones se modifican y quedan formulados así:

CIC - C. 699 § 2: En los monasterios autónomos de los que trata el c. 615, corresponde decidir sobre la expulsión al Superior mayor, con el consentimiento de su consejo.

CIC - C. 700: El decreto de expulsión contra un profeso tiene vigor desde el momento en que se le notifica al interesado. Sin embargo, para que sea válido el decreto, debe indicar el derecho de que goza el expulsado de recurrir, dentro de los diez días siguientes de haber recibido la notificación, a la autoridad competente. El recurso tiene efecto suspensivo.

CCEO - C. 499: Durante la profesión temporal, el miembro puede ser expulsado por el Superior del monasterio autónomo con el consentimiento de su consejo, según el c. 552 §§ 2 y 3, pero para que la expulsión sea válida debe ser confirmada por el Patriarca, si el derecho particular así lo establece para los monasterios situados dentro de los límites del territorio de la Iglesia patriarcal.

CCEO - C. 501 § 2: Contra el decreto de expulsión, el miembro puede, dentro de quince días con efecto suspensivo, o interponer un recurso o pedir que la causa sea tratada judicialmente.

CCEO - C. 552 § 1: Un miembro de votos temporales puede ser expulsado por el Superior general con el consentimiento de su consejo.

Art. 8

El c. 775 § 2 CIC sobre la publicación de catecismos para el propio territorio por parte de la Conferencia Episcopal sustituye el término aprobación con el término confirmación, quedando formulado así:

§ 2. Compete a la Conferencia Episcopal, si se considera útil, procurar la edición de catecismos para su territorio, previa confirmación de la Sede Apostólica.

Art. 9

El c. 1308 CIC y el c. 1052 CCEO que tratan sobre la reducción de las cargas de Misas modifican la competencia, quedando formulados así:

CIC - 1308 § 1: La reducción de las cargas de Misas, que sólo se hará por causa justa y necesaria, se reserva al Obispo diocesano o al Superior general de un instituto de vida consagrada o de una sociedad de vida apostólica clericales.

§ 2. Compete al Obispo diocesano la facultad de reducir el número de Misas que han de celebrarse en virtud de legados válidos por sí mismos, cuando han disminuido las rentas y mientras persista esta causa, habida cuenta del estipendio legítimamente vigente en la diócesis, siempre que no haya alguien que esté obligado y a quien se le pueda exigir con eficacia que aumente la limosna.

§ 3. Compete al mismo Obispo la facultad de reducir las cargas o legados de Misas que pesan sobre instituciones eclesiásticas, si las rentas hubieran llegado a ser insuficientes para alcanzar convenientemente el fin propio de dicha institución.

§4. Goza de las mismas facultades expresadas en los §§ 2 y 3 el Superior general de un instituto de vida consagrada o de una sociedad de vida apostólica clericales.

CCEO - C. 1052 § 1: La reducción de las cargas de celebrar la divina Liturgia se reserva al Obispo eparquial y al Superior general de los institutos religiosos o de sociedades de vida común a manera de los religiosos clericales.

§ 2. Compete al Obispo eparquial la potestad de reducir el número de las celebraciones de la divina Liturgia cuando han disminuido las rentas y mientras persista esta causa, habiendo cuenta de las oblaciones legítimamente vigentes en la eparquía, siempre que no haya alguien que esté obligado y a quien se le pueda pedir con eficacia que aumente la limosna.

§ 3. También compete al Obispo eparquial la potestad de reducir las cargas de celebrar la divina Liturgia que pesan sobre las instituciones eclesiásticas, si las rentas que pudieron obtenerse de las mismas en el momento de la aceptación de las cargas hubieran llegado a ser insuficientes para dichas cargas.

§ 4. Tienen las mismas potestades expresadas en los §§ 2 y 3 los Superiores generales de institutos religiosos o de sociedades de vida común a manera de religiosos clericales.

§ 5. El Obispo eparquial sólo puede delegar las potestades expresadas en los §§ 2 y 3 al Obispo coadjutor, al Obispo auxiliar, al protosincelo o a los sincelos, excluida toda subdelegación.

Art. 10

El c. 1310 CIC y el c. 1054 CCEO que tratan sobre las cargas anexas a las causas pías o a las pías fundaciones modifican quienes son competentes y quedan formulados así:

CIC - C. 1310 § 1: El Ordinario podrá reducir, moderar o conmutar la voluntad de los fieles sobre causas pías, sólo por causa justa y necesaria, después de oír a los interesados, y a su propio consejo de asuntos económicos y respetando de la mejor manera posible la voluntad del fundador.

§ 2. En los demás casos, hay que recurrir a la Sede Apostólica.

CCEO - C. 1054 § 1: El Jerarca podrá reducir, moderar o conmutar la voluntad de los fieles que donan o dejan sus bienes para causas pías, sólo por causa justa y necesaria, después de consultar a los interesados y al consejo competente, y respetando de la mejor manera posible la voluntad del fundador.

§ 2. En los demás casos, se debe llevar el asunto a la Sede Apostólica o al Patriarca, que actuará con el consentimiento del Sínodo permanente.

Todo lo que he dispuesto por medio de esta Carta Apostólica en forma de Motu Proprio, ordeno que sea observado en todas sus partes, no obstante cualquier cosa en contrario, aunque sea digna de especial mención, y establezco que se promulgue mediante su publicación en el diario *L'Osservatore Romano*, entrando en vigor el 15 de febrero de 2022, y que posteriormente se publique en el Comentario oficial de la Santa Sede, *Acta Apostolicae Sedis*.

Dado en Roma, en San Pedro, el 11 de febrero de 2022, Memoria de la Beata Virgen de Lourdes, IX del Pontificado.

FRANCISCO

VIII

PAPA FRANCISCO AUDIENCIA GENERAL

(Aula Pablo VI. Miércoles, 16 de febrero de 2022)

Catequesis sobre san José 12. San José, Patrono de la Iglesia universal

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Concluimos hoy el ciclo de catequesis sobre la figura de San José. Estas catequesis son complementarias a la Carta apostólica *Patris corde*, escrita con ocasión de los 150 años de la proclamación de San José como *Patrón de la Iglesia Católica*, por parte del beato Pío IX. ¿Pero qué significa este título? ¿Qué quiere decir que San José es “patrón de la Iglesia”? Sobre esto quisiera reflexionar hoy con vosotros.

También en este caso son los Evangelios los que nos dan la clave de lectura más correcta. De hecho, al final de cada historia que ve a José como protagonista, el Evangelio anota que él *toma consigo al Niño y a su madre* y hace lo que Dios le ha ordenado (cfr. *Mt* 1,24; 2,14.21). **Resalta así el hecho de que José tiene la tarea de proteger a Jesús y a María. Él es su principal custodio: «De hecho, Jesús y María, su madre, son el tesoro más preciado de nuestra fe»** (Cart. ap. *Patris corde*, 5), y este tesoro es custodiado por san José.

En el plan de la salvación no se puede separar el Hijo de la Madre, de aquella que avanzó «en la peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz» (*Lumen gentium*, 58), como nos recuerda el Concilio Vaticano II.

Jesús, María y José son en un cierto sentido el núcleo primordial de la Iglesia. Jesús es Hombre y Dios, María, la primera discípula, es la Madre; y José, el custodio. Y también nosotros «debemos preguntarnos siempre si estamos protegiendo con todas nuestras fuerzas a Jesús y María, que están misteriosamente confiados a nuestra responsabilidad, a nuestro cuidado, a nuestra custodia» (*Patris corde*, 5). **Y aquí hay una huella muy hermosa de la vocación cristiana: custodiar.** Custodiar la vida, custodiar el desarrollo humano, custodiar la mente humana, custodiar el corazón humano, custodiar el trabajo humano. El cristiano es –podemos decir– como san José: debe custodiar. Ser cristiano no es solo recibir la fe, confesar la fe, sino custodiar la vida, la propia vida, la vida de los otros, la vida de la Iglesia. El Hijo del Altísimo vino al mundo en una condición de gran debilidad: Jesús nació así, débil, débil. Quiso tener necesidad de ser defendido, protegido, cuidado. Dios se ha fiado de José, como hizo María, que en él ha encontrado el esposo que la ha amado y respetado y siempre ha cuidado de ella y del Niño. En este sentido, «san José no puede dejar de ser el Custodio de la Iglesia, porque la Iglesia es la extensión del Cuerpo de Cristo en la historia, y al mismo tiempo en la maternidad de la Iglesia se manifiesta la maternidad de María. José, a la vez que continúa protegiendo a la Iglesia, sigue amparando *al Niño y a su madre*, y nosotros también, amando a la Iglesia, continuamos amando *al Niño y a su madre*» (*ibid.*).

Este Niño es Aquel que dirá: «Cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (*Mt 25,40*). Por tanto, toda persona que tiene hambre y sed, todo extranjero, todo migrante, toda persona sin ropa, todo enfermo, todo preso es el “Niño” que José custodia. Y nosotros somos invitados a custodiar a esta gente, estos hermanos y hermanas nuestros, como lo ha hecho José. Por esto, él es invocado como protector de todos los necesitados, de los exiliados, de los afligidos, y también de los moribundos –hablamos de ello el pasado miércoles–. Y también nosotros debemos aprender de José a “custodiar” estos bienes: amar al Niño y a su madre; amar los Sacramentos y al pueblo de Dios; amar a los pobres y nuestra parroquia. Cada una de estas realidades es siempre el Niño y su madre (cfr. *Patris corde*, 5). Nosotros debemos custodiar, porque con esto custodiamos a Jesús, como lo ha hecho José.

Hoy es común, es de todos los días criticar a la Iglesia, subrayar las incoherencias –hay muchas–, subrayar los pecados, que en realidad son nuestras incoherencias, nuestros pecados, porque desde siempre la Iglesia es un pueblo de pecadores que encuentran la misericordia de Dios. Preguntémosnos si, en el fondo del corazón, nosotros amamos a la Iglesia así como es. Pueblo de Dios en camino, con muchos límites, pero con muchas ganas de servir y amar a Dios. De hecho, solo el amor nos hace capaces de decir plenamente la verdad, de forma no parcial; de decir lo que está mal,

pero también de reconocer todo el bien y la santidad que están presentes en la Iglesia, a partir precisamente de Jesús y de María. Amar la Iglesia, custodiar la Iglesia y caminar con la Iglesia. Pero la Iglesia no es ese grupito que está cerca del sacerdote y manda a todos, no. La Iglesia somos todos, todos. En camino. Custodiar el uno del otro, custodiarnos mutuamente. Es una bonita pregunta, esta: yo, cuando tengo un problema con alguien, ¿trato de custodiarlo o lo condeno enseguida, hablo mal de él, lo destruyo? ¡Debemos custodiar, siempre custodiar!

Queridos hermanos y hermanas, os animo a pedir la intercesión de san José precisamente en los momentos más difíciles de vuestras vidas y de vuestras comunidades. Allí donde nuestros errores se convierten en escándalo, pidamos a san José la valentía de enfrentar la verdad, de pedir perdón y empezar de nuevo humildemente. Allí donde la persecución impide que el Evangelio sea anunciado, pidamos a san José la fuerza y la paciencia de saber soportar abusos y sufrimientos por amor al Evangelio. Allí donde los medios materiales y humanos escasean y nos hacen experimentar la pobreza, sobre todo cuando estamos llamados a servir a los últimos, los indefensos, los huérfanos, los enfermos, los descartados de la sociedad, recemos a san José para que haya para nosotros Providencia. ¡Cuántos santos se han dirigido a él! ¡Cuántas personas en la historia de la Iglesia han encontrado en él un patrón, un custodio, un padre!

Imitemos su ejemplo y por esto, todos juntos, rezamos hoy; rezamos a san José con la **oración** que puse en la conclusión de la Carta *Patris corde*, encomendándole nuestras intenciones y, de forma especial, la Iglesia que sufre y que está en la prueba. Y ahora, vosotros tenéis en mano en diferentes idiomas, creo que cuatro, la oración, y creo que estará también en la pantalla, así juntos, cada uno en su idioma, puede rezar a san José.

*Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.
A ti Dios confió a su Hijo,
en ti María depositó su confianza,
contigo Cristo se forjó como hombre.*

*Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.
Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndenos de todo mal. Amén.*

XI

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO AL SIMPOSIO “POR UNA TEOLOGÍA FUNDAMENTAL DEL SACERDOCIO”

Aula Pablo VI. Jueves, 17 de febrero de 2022

Queridos hermanos, buenos días:

Agradezco la oportunidad de poder compartir con ustedes esta reflexión que nace de lo que el Señor me fue mostrando a lo largo de estos más de 50 años de sacerdocio. No quiero excluir de este recuerdo agradecido a aquellos sacerdotes que, con su vida y testimonio, desde mi niñez me mostraron lo que configura el rostro del Buen Pastor. He meditado sobre qué compartir de la vida del sacerdote hoy y llegué a la conclusión de que la mejor palabra nace del testimonio que recibí de tantos sacerdotes a lo largo de los años. Lo que ofrezco es fruto del ejercicio de pensar en ellos, discernir y contemplar cuáles eran las notas que los distinguían y les brindaban una fuerza, alegría y esperanza singular en su misión pastoral.

A su vez, tengo que decir lo mismo, de aquellos hermanos sacerdotes que tuve que acompañar porque habían perdido el fuego del primer amor y su ministerio se había vuelto estéril, rutinario y casi sin sentido. El sacerdote durante su vida pasa por distintos estados y momentos; personalmente he pasado por distintos estados y momentos y rumiando las mociones del espíritu constaté que en algunas situaciones, inclusive en momentos de pruebas, dificultades y desolación, cuando vivía y compartía la vida de determinada manera, permanecía la paz. Soy consciente de que mucho se podría hablar y teorizar sobre el sacerdocio, hoy quiero compartirles esta “pequeña cosecha” para que el sacerdote de hoy, sea cual sea el momento que esté viviendo pueda vivir la paz y la fecundidad que el Espíritu quiere regalar. No sé si estas reflexiones son el “canto del cisne” de mi vida sacerdotal, pero sí puedo asegurar que vienen de mi experiencia. No es ninguna teoría, aquí hablo de lo que me ha tocado vivir.

El tiempo que vivimos es un tiempo que nos pide no solo detectar el cambio, sino acogerlo con la consciencia de que nos encontramos ante un cambio de época, esto lo he repetido ya varias veces. Si teníamos dudas sobre esto, el Covid lo hizo más que evidente ya que su irrupción es mucho más que una cuestión sanitaria, mucho más que un resfriado.

El cambio siempre nos presenta diferentes modos de afrontarlo; el problema es que muchas acciones y actitudes pueden ser útiles y buenas, pero no todas tienen sabor a Evangelio. El centro de la cuestión está en esto, en discernir si el cambio y las acciones tienen o no sabor a Evangelio. Por

ejemplo, buscar formas codificadas, ancladas en el pasado y que nos “garantizan” una forma de protección contra los riesgos, “refugiándonos” en un mundo o en una sociedad que no existe más (si es que alguna vez existió), como si ese determinado orden sería capaz de poner fin a los conflictos que la historia nos presenta. Es la crisis de ir hacia atrás, para refugiarnos.

Otra actitud puede ser la de un optimismo exacerbado –“todo estará bien”–; ir demasiado lejos sin discernimiento y sin las decisiones necesarias. Este optimismo termina por ignorar los heridos de esta transformación y no logra asumir las tensiones, complejidades y ambigüedades propias del tiempo presente y “consagra” la última novedad como lo verdaderamente real, despreciando así la sabiduría de los años. (Son dos tipos de huidas, son las actitudes del asalariado que ve venir al lobo y huye: huye hacia el pasado o huye hacia el futuro). Ninguna de estas actitudes lleva a soluciones maduras. En lo concreto del hoy, es allí donde debemos detenernos, en lo concreto del hoy.

En cambio, me gusta esa actitud que nace de hacerse cargo con confianza de la realidad anclada en la sabia Tradición viva y viviente de la Iglesia, que puede permitirse remar mar adentro *sin miedo*. Siento que en este momento histórico, Jesús nos invita, una vez más, a “remar mar adentro” (cf. *Lc 5,4*) con la confianza de que Él es el Señor de la historia y que, de su mano, podremos discernir el horizonte a transitar. Nuestra salvación no es una salvación aséptica, salvación de laboratorio, no, o de espiritualismos desencarnados –la tentación del gnosticismo, sigue presente, es moderna, es actual–; *discernir la voluntad de Dios* es aprender a interpretar la realidad con los ojos del Señor, sin necesidad de evadirnos de lo que acontece a nuestros pueblos y sin la ansiedad que lleva a querer encontrar una salida rápida y tranquilizadora de la mano de una ideología de turno o una respuesta prefabricada, ambas incapaces de asumir los momentos más difíciles e inclusive oscuros de nuestra historia. Por estos dos caminos terminaríamos por negar «nuestra historia de Iglesia, que es gloriosa por ser historia de sacrificios, de esperanza, de lucha cotidiana, de vida deshilachada en el servicio, de constancia en el trabajo que cansa» (Exort. ap. *Evangelii gaudium*, 96).

En este contexto, la vida sacerdotal también se ve afectada por este desafío, y un síntoma de ello es la crisis vocacional que en distintos lugares aflige a nuestras comunidades. Sin embargo, es cierto que esto se ha debido frecuentemente a la ausencia en las comunidades de un fervor apostólico contagioso, por lo que no inspiran entusiasmo ni atracción, como por ejemplo las comunidades funcionales, bien organizadas, pero carentes de entusiasmo, donde todo está bien, pero falta el fuego del espíritu. Donde hay vida, fervor, deseo de llevar a Cristo a los demás, surgen vocaciones genuinas. Incluso en parroquias donde los sacerdotes no están

muy comprometidos ni son alegres, es la vida fraterna y fervorosa de la comunidad la que suscita el deseo de consagrarse completamente a Dios y a la evangelización, sobre todo si esta comunidad activa reza insistentemente por las vocaciones y tiene el valor de proponer a sus jóvenes un camino de especial consagración. Cuando caemos en el funcionalismo, en la organización pastoral –y sólo en eso– ahí no existe en absoluto ninguna atracción vocacional; en cambio, cuando encontramos un sacerdote o una comunidad con fervor cristiano, bautismal, entonces hay atracción de nuevas vocaciones.

La vida de un sacerdote es ante todo la historia de salvación de un bautizado. El cardenal Ouellet ha hecho la distinción entre sacerdocio ministerial y bautismal. Nosotros a veces olvidamos el Bautismo, y el sacerdocio se convierte en una función, se cae en el funcionalismo, y esto es peligroso. No debemos nunca olvidar que toda vocación específica, incluida la del Orden sagrado, es cumplimiento del Bautismo. Constituye siempre una gran tentación vivir *un sacerdocio sin el Bautismo*, –y hay sacerdotes “sin Bautismo”–, es decir, sin acordarnos que nuestra primera llamada es a la santidad. Ser santos significa conformarse a Jesús y dejar que nuestra vida palpite con sus mismos sentimientos (cf. *Flp* 2,15). Sólo cuando buscamos amar como Jesús amó, hacemos también visible a Dios y realizamos así nuestra vocación a la santidad. Con cuánta razón san Juan Pablo II nos recordaba que «el sacerdote, como la Iglesia, debe crecer en la conciencia de su permanente necesidad de ser evangelizado» (Exort. ap. post sinodal, *Pastores dabo vobis*, 25 marzo 1992, 26). Y ve tú a decirle a algún obispo, algún sacerdote que necesitan ser evangelizados; no lo entienden. Y esto sucede, este es el drama de hoy.

Toda vocación específica se debe someter a este tipo de discernimiento. Nuestra vocación es en primer lugar una respuesta a Aquel que nos amó primero (cf. *1 Jn* 4,19). Y esta es la fuente de esperanza ya que, aun en medio de la crisis, el Señor no deja de amar y, por tanto, de llamar. Y de esto cada uno de nosotros es testigo: un día el Señor nos encontró allí donde estábamos y como estábamos, en ambientes contradictorios o con situaciones familiares complejas. A mí me gusta releer Ezequiel 16 y a veces me siento identificado, porque también a mí Dios me encontró aquí, me encontró así y, sin embargo, me llevó adelante. Y habernos encontrado así no lo detuvo para querer escribir, por medio de cada uno de nosotros, la historia de salvación. Desde el comienzo fue así pensemos en Pedro y en Pablo, en Mateo, por nombrar algunos. Su elección no nace de una opción ideal sino de un compromiso concreto con cada uno de ellos. Cada uno, mirando su propia humanidad, su propia historia, su propio carácter, no se debe preguntar si una opción vocacional es conveniente o no, sino si en conciencia esa vocación abre en él ese potencial de amor que hemos recibido en el día de nuestros Bautismo.

Durante estos períodos de cambio son muchas las preguntas a afrontar y también las tentaciones que vendrán. Por eso, en mi intervención, quisiera referirme simplemente en lo que me parece decisivo para la vida de un sacerdote hoy, teniendo en cuenta lo que dice Pablo: «en Él –es decir en Cristo– todo el edificio bien cohesionado va creciendo hasta formar un templo consagrado al Señor» (*Ef* 2,21). Crecer bien ordenado quiere decir crecer en armonía, y hacer crecer en armonía sólo puede hacerlo el Espíritu Santo, como san Basilio lo definía tan hermosamente: “*Ipse harmonia est*”, número 38 del Tratado [“Sobre el Espíritu Santo”]. Pienso que cada construcción, para mantenerse en pie, necesita unos cimientos sólidos; por eso quiero compartir las actitudes que dan solidez a la persona del sacerdote, deseo compartirlas –ustedes ya lo escucharon, pero lo repito una vez más–, las cuatro columnas constitutivas de nuestra vida sacerdotal y que llamaremos las “cuatro cercanías”, porque siguen el estilo de Dios, que fundamentalmente es un estilo de cercanía. Él mismo da al pueblo esta definición de Sí: “¿Díganme, qué nación tiene sus dioses tan cercanos como tú me tienes a mí?” (cf. *Dt* 4,7). El estilo de Dios es cercanía, es una cercanía especial, compasiva y tierna. Las tres palabras que definen la vida de un sacerdote, y también la de un cristiano, porque están tomadas precisamente del estilo de Dios, son cercanía, compasión y ternura.

Ya en el pasado he hecho referencia de esto, pero hoy quisiera detenerme de forma más extensa ya que el sacerdote más que recetas o teorías necesita herramientas concretas con las que confrontar su ministerio, su misión y su cotidianeidad. San Pablo exhortaba a Timoteo a mantener vivo el don de Dios que recibió por la imposición de sus manos, que no es un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de sobriedad (cf. *2 Tm* 1,6-7). Creo que estas cuatro columnas, estas cuatro “cercanías” de las que hablaré ahora pueden ayudar de manera práctica, concreta y esperanzadora a reavivar el don y la fecundidad que un día se nos prometió, a mantener vivo ese don.

Antes que nada, la cercanía a Dios. Cuatro cercanías, de las que la primera es la cercanía a Dios.

Cercanía a Dios

Es decir, cercanía al Señor de las cercanías. «Yo soy la vid, ustedes son las ramas –a esto es a lo que se refiere Juan cuando en su Evangelio habla de “permanecer”–. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto, porque separados de mí no pueden hacer nada. El que no permanece en mí será echado fuera, al igual que la rama que se seca, que luego se recoge, se arroja al fuego y se quema. Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y se les concederá» (*Jn* 15,5-7).

Un sacerdote es invitado ante todo a cultivar esta cercanía, esta intimidad con Dios, y de esta relación podrá obtener todas las fuerzas necesarias para su ministerio. La relación con Dios es, por decirlo así, el injerto que nos mantiene dentro de un vínculo de fecundidad. Sin una relación significativa con el Señor nuestro ministerio está destinado a ser estéril. La cercanía con Jesús, el contacto con su Palabra, nos permite confrontar nuestra vida con la suya y aprender a no escandalizarnos de nada de lo que nos suceda, a defendernos de los “escándalos”. Al igual que el Maestro se pasará por momentos de alegría y de boda, de milagros y de curaciones, de multiplicación de los panes y de descanso. Existirán momentos en que se podrá ser alabado, pero también llegarán las horas de ingratitud, de rechazo, de duda y de soledad hasta tener que decir: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46).

La cercanía con Jesús nos invita a no temer a ninguna de estas horas no porque seamos fuertes, sino porque lo miramos a Él, nos aferramos a él y le decimos: «¡Señor, no me dejes caer en la tentación! Hazme comprender que estoy viviendo un momento importante en mi vida y que tú estás conmigo para probar mi fe y mi amor» (C. M. Martini, *La fuerza de la debilidad. Reflexiones sobre Job*, Salterae 2014, 84). Esta cercanía con Dios a veces tiene un estilo de lucha, luchar con el Señor principalmente en esos momentos donde su ausencia se hace más notoria en la vida sacerdotal o en la vida de las personas a ellos encomendada. Luchar y buscar su bendición hasta el amanecer (cf. Gn 32,25-27), que será fuente de vida para muchos. A veces es una lucha. Me decía un sacerdote que trabaja aquí en la curia –que tiene un trabajo difícil, el de poner orden en un lugar, joven–, me decía que volvía cansado, muy cansado, pero que descansaba antes de ir a la cama delante de la Virgen con el rosario en la mano. Necesitaba esa cercanía, un curial, un empleado del Vaticano. Se critica mucho a la gente de la curia, es cierto a veces, pero también puedo decir y dar testimonio de que aquí, dentro de la curia, hay santos; y es cierto.

Muchas crisis sacerdotales tienen precisamente origen en una escasa vida de oración, en una falta de intimidad con el Señor, en una reducción de la vida espiritual a mera práctica religiosa. Esto también quisiera distinguirlo en la formación, una cosa es la vida espiritual y otra cosa es la práctica religiosa. “¿Cómo va tu vida espiritual?” –“Bien, bien. Hago la meditación por la mañana, rezo el rosario, rezo la “suegra” –la suegra es el breviario– rezo el breviario y todo lo demás”. No, esto es práctica religiosa. Pero ¿cómo va tu vida espiritual? Recuerdo momentos importantes en mi vida donde esta cercanía con el Señor fue crucial para sostenerme, para sostenerme en los momentos oscuros. Sin la intimidad de la oración, de la vida espiritual, de la cercanía concreta con Dios a través de la escucha de la Palabra, de la celebración de la Eucaristía, del silencio de la adoración, de la consagración a la Virgen, del acompañamiento sapiente de un

guía, del sacramento de la Reconciliación, sin estas “cercanías” concretas, en definitiva, un sacerdote es, por así decirlo, sólo un obrero cansado que no goza de los beneficios de los amigos del Señor. A mí me gustaba, en la otra diócesis, preguntar a los sacerdotes, “A ver dime –me contaban sobre sus trabajos– dime, ¿cómo te vas a dormir?”. Y no entendían. “Sí, sí, por la noche, ¿cómo te vas a dormir?” –“Llego cansado, como algo y me voy a la cama, y delante de la cama la televisión”– “¡Ah, bravo! Y no visitas el Señor, ¿al menos para darle las buenas noches?”. Este es el problema. La falta de cercanía. Era normal el cansancio del trabajo e ir a descansar y ver la televisión –cosas lícitas– pero sin el Señor, sin esta cercanía. Había rezado el rosario, había rezado al breviario, pero sin intimidad con el Señor. No sentía la necesidad de decir al Señor, “¡Hola, hasta mañana, muchas gracias!”. Son pequeños gestos que revelan la actitud de un alma sacerdotal.

Muy a menudo, por ejemplo, en la vida sacerdotal se vive la oración sólo como un deber, olvidando que la amistad y el amor no pueden imponerse como una regla externa, sino sólo como una elección fundamental de nuestro corazón. Un sacerdote que reza no es más que un cristiano que ha comprendido en profundidad el don que ha recibido en el Bautismo. Un sacerdote que reza es un hijo que recuerda continuamente que es hijo y que tiene un Padre que lo ama. Un sacerdote que reza es un hijo que se hace “cercano” al Señor.

Pero todo esto es difícil si no estamos acostumbrados a tener espacios de silencio en nuestro día. Si no se sabe substituir el verbo “hacer” de Marta para aprender el “estar” de María. Es difícil aceptar dejar el activismo que es agotador, –tantas veces el activismo puede ser una fuga– porque cuando uno deja de estar ocupado, la paz no llega inmediatamente al corazón, sino la desolación; y para no entrar en desolación, estamos dispuestos a no parar nunca. El trabajo es a veces una distracción para no entrar en desolación. Pero la desolación es un poco también el punto de encuentro con Dios. Es precisamente la aceptación de la desolación que viene del silencio, del ayuno de activismo y de palabras, del valor de examinarnos con sinceridad, exactamente allí, donde todo adquiere una luz y una paz que no se apoyan en nuestras fuerzas y capacidades. Es aprender a dejar que el Señor siga realizando su obra en cada uno y por todo aquello que es infecundo, estéril y que distorsiona el llamado. Perseverar en la oración no sólo significa permanecer fieles a una práctica, sino no escapar cuando precisamente la oración nos lleva al desierto. El camino del desierto es el camino que conduce a la intimidad con Dios, siempre que no huyamos, que no encontremos maneras para evadir este encuentro. En el desierto “le hablaré a su corazón”, dice el Señor a su pueblo por boca del profeta Oseas (cf. 2,16). Esto es algo que el sacerdote debe preguntarse, si es capaz de dejarse llevar al desierto. Los guías espirituales, los que

acompañan a los sacerdotes, deben comprender, ayudarles y hacerles esta pregunta ¿eres capaz de dejarte conducir al desierto? ¿O te vas directamente al oasis de la televisión o a alguna otra cosa?

La cercanía con Dios permite al sacerdote tomar contacto con el dolor que hay en nuestro corazón y que, si se acepta, nos desarma hasta hacer posible el encuentro. La oración que como fuego anima la vida del sacerdote es el grito de un corazón quebrantado y humillado, que –nos dice la Palabra– el Señor no desprecia (cf. *Sal* 50,19). «Cuando uno grita, el Señor lo escucha / y lo libra de sus angustias; / el Señor está cerca de los atribulados, / salva a los abatidos» (*Sal* 34, 18-19).

Un sacerdote tiene que tener un corazón suficientemente “ensanchado” para dar cabida al dolor del pueblo que le ha sido confiado y, al mismo tiempo, como el centinela, anunciar la aurora de la Gracia de Dios que se manifiesta en ese mismo dolor. Abrazar, aceptar y presentar la propia miseria en cercanía al Señor será la mejor escuela para poder hacer lugar gradualmente a toda la miseria y el dolor que encontrará diariamente en su ministerio hasta que él mismo se vuelva como el corazón de Cristo. Esto preparara al sacerdote también para otras de las cercanías: con el Pueblo de Dios. En la cercanía con Dios el sacerdote fortalece la cercanía con su Pueblo y viceversa. En la cercanía con su pueblo también vive la cercanía con su Señor. Y esta cercanía a Dios –me llama la atención– es la primera tarea de los obispos, porque cuando los Apóstoles “inventan” a los diáconos, Pedro explica la función y dice así: “Y nosotros –los obispos– podremos dedicarnos la oración y al anuncio de la Palabra” (cf. *Hch* 6,4). Es decir, que la primera tarea del obispo es rezar y esto debe hacerlo también el sacerdote, rezar.

«Es necesario que Él crezca y que yo disminuya» (*Jn* 3,30), decía Juan Bautista. La intimidad con Dios hace posible todo esto, porque en la oración se experimenta ser grandes a sus ojos, y ya no es un problema para los sacerdotes cercanos al Señor hacerse pequeños a los ojos del mundo. Y ahí, en esa cercanía, ya no da miedo conformarse a Jesús crucificado, como se nos pide en el rito de la ordenación sacerdotal, que es muy lindo, pero que olvidamos seguido.

Pasamos a considerar la segunda cercanía, que será más corta que la primera.

Cercanía al obispo

Esta segunda cercanía durante mucho tiempo sólo se leía en forma unilateral. Como Iglesia con demasiada frecuencia, e incluso hoy, hemos dado a la obediencia una interpretación lejana al sentir del Evangelio. La obe-

diencia no es un atributo disciplinar sino la característica más fuerte de los vínculos que nos unen en comunión. Obedecer, en este caso al obispo, significa aprender a escuchar y recordar que nadie puede pretender ser el poseedor de la voluntad de Dios, y que ésta sólo puede entenderse a través del discernimiento. La obediencia, por tanto, es escuchar la voluntad de Dios, que se discierne precisamente en un vínculo. Esta actitud de escucha permite madurar la idea de que cada uno no es el principio y fundamento de la vida, sino que necesariamente debe confrontarse con otros. Esta lógica de las cercanías –en este caso con el obispo, pero que también rige para las otras– posibilita romper toda tentación de encierro, de autojustificación y de llevar una vida “de solteros”, o de “solterones”. Cuando los sacerdotes se cierran, terminan como “solterones”, con todas las manías de los “solterones”, y eso no está bien. Esta cercanía invita, por el contrario, a apelar a otras instancias para encontrar el camino que conduce a la verdad y a la vida.

El obispo no es un supervisor de escuela, no es un vigilante, sino un padre, y debería ofrecer esta cercanía. El obispo debe tratar de comportarse así porque de lo contrario aleja a los sacerdotes, o sólo acerca a los ambiciosos. El obispo, sea quien sea, permanece para cada presbítero y para cada Iglesia particular como un vínculo que ayuda a discernir la voluntad de Dios. Pero no debemos olvidar que el obispo mismo sólo puede ser instrumento de este discernimiento si también él se pone a la escucha de la realidad de sus presbíteros y del pueblo santo de Dios que le ha sido confiado. Escribí en la *Evangelii gaudium*: «Más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu, para cuidar entre todos a las ovejas que se nos confían de los lobos que intentan disgregar el rebaño. Necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír. Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro espiritual. La escucha nos ayuda a encontrar el gesto y la palabra oportuna que nos desinstala de la tranquila condición de espectadores. Sólo a partir de esta escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder plenamente al amor de Dios y el anhelo de desarrollar lo mejor que Dios ha sembrado en la propia vida» (n. 171).

No es casualidad que el mal, para destruir la fecundidad de la acción de la Iglesia, busque socavar los vínculos que nos constituyen. Defender los vínculos del sacerdote con la Iglesia particular, con el instituto a que se pertenece y con su propio obispo hace que la vida sacerdotal sea digna de crédito. Defender los vínculos. La obediencia es la opción fundamental por acoger a quien ha sido puesto ante nosotros como signo concreto de

ese sacramento universal de salvación que es la Iglesia. Obediencia que puede ser confrontación, escucha y, en algunos casos, tensión pero que no se rompe. Esto pide necesariamente que los sacerdotes recen por los obispos y se animen a expresar su parecer con respeto, valor y sinceridad. Pide también de los obispos, humildad, capacidad de escucha, de autocrítica y de dejarse ayudar. Si defenderemos este vínculo avanzaremos con seguridad en nuestro camino.

Y creo que con lo dicho, en cuanto a la cercanía a los obispos, sea suficiente.

Cercanía entre los sacerdotes

Es la tercera cercanía. Cercanía a Dios, cercanía a los obispos y cercanía a los sacerdotes. Es precisamente a partir de la comunión con el obispo que se abre la tercera cercanía, que es la de la fraternidad. Jesús se manifiesta allí donde hay hermanos dispuestos a amarse: «Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, yo estoy allí en medio de ellos» (Mt 18,20). También la fraternidad como la obediencia no puede ser una imposición moral externa a nosotros. La fraternidad es escoger deliberadamente, ser santos con los demás y no en soledad, santo junto con los demás. Un proverbio africano que ustedes conocen bien dice: “Si quieres ir rápido tienes que ir solo, mientras que si quieres ir lejos tienes que ir con otros”. A veces parece que la Iglesia es lenta –y es verdad–, pero me gusta pensar que es la lentitud de quien ha decidido caminar en fraternidad. También acompañando a los últimos, pero siempre en fraternidad.

Las características de la fraternidad son las del amor. San Pablo, en la Primera Carta a los Corintios (cap. 13), nos ha dejado un “mapa” claro del amor y, en cierto sentido, nos ha indicado a qué debe aspirar la fraternidad. En primer lugar, a aprender *la paciencia*, que es la capacidad de sentirnos responsables de los demás, de cargar sus pesos, de sufrir, en cierto modo, con ellos. Lo contrario a la paciencia es la indiferencia, la distancia que creamos con los demás para no sentirnos involucrados en su vida. En muchos presbíteros tiene lugar el drama de la soledad, de sentirse solos. Se tiene la sensación de sentirse no dignos de paciencia y de consideración. Más aún, sienten que del otro no pueden esperar el bien, la *benignidad*, sino sólo el juicio. El otro es incapaz de alegrarse del bien que se nos presenta en la vida, y yo tampoco soy capaz de alegrarme cuando veo el bien en la vida de los demás. Esta incapacidad de alegrarse del bien ajeno es la *envidia* –quiero subrayar esto– que tanto atormenta nuestros ambientes y que es una fatiga en la pedagogía del amor, no simplemente un pecado que se debe confesar. El pecado es lo último, es la actitud la que es envidiosa. La envidia está muy presente en las comunidades sa-

cerdotales. Y la Palabra de Dios nos dice que es una actitud destructiva, por envidia del diablo entró el pecado en el mundo (cf. *Sb* 2,24). Es la puerta, la puerta para la destrucción. Y sobre esto debemos hablar claro, en nuestros presbiterios está presente la envidia. No todos son envidiosos, no, pero la tentación de la envidia está al alcance de la mano. Tengamos cuidado. Porque de la envidia viene la murmuración.

Para sentirnos parte de la comunidad, del “ser de los nuestros”, no hace falta ponernos máscaras que muestran sólo una imagen triunfante de nosotros. No tenemos necesidad de *presumir*, ni mucho menos de *pavonearnos* o, peor aún, de asumir actitudes violentas, *faltando el respeto* a quien está junto a nosotros, que son formas clericales de *bullying*. Porque un sacerdote, si de algo tiene que presumir es de la misericordia del Señor; porque el sacerdote mismo conoce su pecado, su miseria y sus límites, pero hizo experiencia que donde abundó el pecado sobre abundó el amor (cf. *Rm* 5,20); y esa es su mejor buena noticia. Un sacerdote que tiene presente esto no es envidioso, no puede ser envidioso.

El amor fraterno *no busca el propio interés*, no deja espacio a la *ira*, al resentimiento, como si el hermano que está a mi lado me hubiera defraudado de alguna manera. Y cuando encuentro la miseria del otro, estoy dispuesto a *olvidar para siempre el mal recibido*, a no convertirlo en el único criterio de juicio, hasta el punto de *gozar* quizás *de la injusticia* cuando se refiere precisamente a quien me ha hecho sufrir. El amor verdadero *se complace en la verdad* y considerar un pecado grave ir contra ella y contra la dignidad de los hermanos con calumnias, maledicencias y murmuración. El origen de todo es la envidia. Se llega a esto, incluso a las calumnias, para conseguir un determinado puesto. Y esto es muy triste. Cuando desde aquí se piden informaciones para hacer obispo a alguien, muchas veces recibimos informaciones infectas de envidia. Y esta es una enfermedad de nuestros presbíteros. Muchos de ustedes son formadores en los seminarios, tengan en cuenta esto.

Pero, en este sentido no se puede permitir que se crea que el amor fraterno es una utopía, menos aún un “lugar común” para suscitar bellos sentimientos o palabras de circunstancias o un discurso tranquilizador, ¡no! Todos sabemos lo difícil que puede ser vivir en comunidad o en el presbiterio –un santo decía, la vida comunitaria es mi penitencia–, qué difícil es compartir el día a día con aquellos que hemos querido reconocer como hermanos. El amor fraterno, si no queremos endulzarlo, acomodarlo, disminuirlo es “la gran profecía” que en esta sociedad del descarte estamos llamados a vivir. Me gusta pensar al amor fraterno como una palestra del espíritu donde día a día nos confrontamos con nosotros mismos y tenemos el termómetro de nuestra vida espiritual. Hoy la profecía de la fraternidad sigue viva y necesita anunciadores; necesita personas que conscientes de sus límites y de las dificultades que se presentan se dejen tocar, cuestio-

nar y movilizar por las palabras del Señor: «Todos conocerán que son mis discípulos si se aman unos a otros» (Jn 13,35).

El amor fraterno para los presbíteros no queda encerrado en un pequeño grupo, sino que se declina como caridad pastoral (cf. Exhort. ap. postsinodal *Pastores dabo vobis*, 23), que impulsa a vivirlo concretamente en la misión. Podemos decir que amamos si aprendemos a declinar esa caridad pastoral en la manera que la describe san Pablo. Y sólo quien busca amar está a salvo. Quien vive con el síndrome de Caín, con la convicción de que no puede amar porque siente siempre no haber sido amado, valorizado, tenido en la justa consideración, al final vive siempre como un vagabundo, sin sentirse nunca a casa, y por eso mismo está más expuesto al mal, a hacerse daño y hacer daño a los demás. Por eso el amor entre los presbíteros tiene la función de custodiar, de custodiarse mutuamente.

Me atrevería a decir que ahí donde funciona la fraternidad sacerdotal, la cercanía entre sacerdotes, hay lazos de auténtica amistad, también es posible vivir con más serenidad la elección del celibato. El celibato es un don que la Iglesia latina custodia, pero es un don que para ser vivido como santificación requiere relaciones sanas, vínculos de auténtica estima y de genuina bondad que encuentran su raíz en Cristo. Sin amigos y sin oración el celibato puede convertirse en un peso insostenible y en un anti testimonio de la hermosura misma del sacerdocio.

Ahora pasamos a la cuarta cercanía, la última, la cercanía al Pueblo de Dios, al santo Pueblo fiel de Dios. Nos hará bien leer la *Lumen gentium*, números 8 y 12.

Cercanía al pueblo

Muchas veces he señalado como la relación con el Pueblo Santo de Dios no es para cada uno de nosotros un deber sino una gracia. «El amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el encuentro pleno con Dios» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 272). Es por eso que el lugar de todo sacerdote está en medio de la gente, en una relación de cercanía con el pueblo. He señalado en la *Evangelii gaudium* que «para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior. La misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo. Cuando nos detenemos ante Jesús crucificado, reconocemos todo su amor que nos dignifica y nos sostiene, pero allí mismo, si no somos ciegos, empezamos a percibir que esa mirada de Jesús se amplía y se dirige llena de cariño y de ardor hacia todo su pueblo fiel. Así redescubrimos que Él nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado. Jesús quiere servirse de los sacerdotes para estar más

cerca del santo Pueblo fiel de Dios. Nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia» (n. 268). La identidad sacerdotal no se puede comprender sin la pertenencia al santo Pueblo fiel de Dios.

Estoy convencido que, para comprender de nuevo la identidad del sacerdocio, hoy es importante vivir en estrecha relación con la vida real de la gente, junto a ella, sin ninguna vía de escape. «A veces sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura. Cuando lo hacemos, la vida siempre se complica maravillosamente y vivimos la intensa experiencia de ser pueblo, la experiencia de pertenecer a un pueblo» (*ibíd*, 270). Y el pueblo no es una categoría lógica, no, sino es una categoría mítica, para entenderlo hay que acercarse a él como se acerca uno a una categoría mítica.

Cercanía al Pueblo de Dios. Una cercanía que, enriquecida con las “otras cercanías”, las otras tres, invita y en cierta medida exige desarrollar el estilo del Señor, que es estilo de cercanía, de compasión y de ternura porque capaz de caminar no como un juez sino como el Buen Samaritano que reconoce las heridas de su pueblo, el sufrimiento vivido en silencio, la abnegación y sacrificios de tantos padres y madres por llevar adelante sus familias, y también las consecuencias de la violencia, la corrupción y de la indiferencia que a su paso intenta silenciar toda esperanza. Cercanía que permite ungir las heridas y proclamar un año de gracia en el Señor (cf. *Is* 61,2). Es clave recordar que el Pueblo de Dios espera encontrar “pastores” al estilo de Jesús –y no tanto “clérigos de estado” –recordemos aquella época en Francia, en la que vivía el cura de Ars, el cura, pero estaba también “*monsieur l’abbé*”, el “*reverendo sacerdote*”, clérigos de Estado–. También hoy, el pueblo nos pide pastores del pueblo y no clérigos de Estado o “profesionales de lo sagrado”; pastores que sepan de compasión, de oportunidad; hombres con coraje capaces de detenerse ante el caído y tender su mano; hombres contemplativos que en la cercanía con su pueblo puedan anunciar en las llagas del mundo la fuerza operante de la Resurrección.

Una de las características cruciales de nuestra sociedad de “redes” es que abunda el sentimiento de orfandad, este es un fenómeno actual. Conectados a todo y a todos falta la experiencia de “pertenencia” que es mucho más que una conexión. Con la “cercanía” del pastor se puede convocar a la comunidad y ayudar a crecer el sentimiento de pertenencia; pertenecemos al Santo Pueblo fiel de Dios que está llamado a ser signo de

la irrupción del Reino de Dios en el hoy de la historia. Si el pastor anda disperso, si el pastor se aleja, las ovejas también se dispersarán y quedarán al alcance de cualquier lobo.

Esta pertenencia, a su vez, proporcionará el “antídoto” contra una deformación de la vocación que nace precisamente de olvidarse que la vida sacerdotal se debe a los otros –al Señor y a las personas por él encomendadas–. Este olvido está en las raíces del clericalismo –de lo que ha hablado el Cardenal Ouellet– y sus consecuencias. El clericalismo es una perversión, y también uno de sus signos, la rigidez, es otra perversión. El clericalismo es una perversión porque se constituye con “lejanías”. Es curioso, no se constituye sobre cercanías, todo lo contrario. Cuando pienso en el clericalismo, pienso también en la clericalización del laicado, esa promoción de una pequeña elite que entorno al cura termina también por desnaturalizar su misión fundamental (cf. *Gaudium et spes*, 44), la del laico. Hay muchos laicos clericalizados, muchos, “Yo pertenezco a esa asociación, estamos ahí en la parroquia, somos...”. Los “elegidos”, laicos clericalizados, es una fuerte tentación. Recordemos que «la misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser sacerdotal si no quiero destruirme. Yo *soy una misión* en esta tierra, y para eso estoy en este mundo. Hay que reconocerse a sí mismo como marcado a fuego por esa misión de iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 273).

Me gustaría relacionar esta cercanía al Pueblo de Dios a la cercanía con Dios, ya que la oración del Pastor, se nutre y encarna en el corazón del Pueblo de Dios. Cuando reza, el pastor lleva las marcas de las heridas y las alegrías de su gente a la que presenta desde el silencio al Señor para que las unja con el don del Espíritu Santo. Es la esperanza del pastor que confía y lucha para que el Señor los bendiga.

Siguiendo la enseñanza de San Ignacio «porque no el mucho saber harta y satisface al ánimo, más el sentir y gustar de las cosas internamente» (*Ejercicios Espirituales*, Anotaciones, 2), a los Obispos y sacerdotes hará bien preguntarse “cómo están mis cercanías”, cómo estoy viviendo estas cuatro dimensiones que configuran mi ser sacerdotal de manera transversal y que me permiten “gestionar” las tensiones y “desequilibrios” que a diario tenemos que manejar. Estas cuatro cercanías son una buena escuela para “jugar en la cancha grande” a la que el sacerdote es convocado sin miedos, sin rigidez, sin reducir ni empobrecer la misión. Un corazón sacerdotal sabe de cercanías porque el primero que quiso ser cercano fue el Señor. Que Él visite a sus sacerdotes en la oración, en el obispo, en los hermanos presbíteros y en su pueblo. Que Él altere las rutinas e incomode un poco, despierte la inquietud - como en el tiempo del primer amor - ponga en movimiento todas las capacidades para que nuestros pueblos

tengan vida y vida en abundancia (cf. *Jn* 10,10). Las cercanías del Señor no son una carga más sino son un regalo que Él hace para mantener viva y fecunda la vocación. La cercanía a Dios, la cercanía al obispo, la cercanía entre nosotros sacerdotes y la cercanía al santo Pueblo fiel de Dios.

Frente a la tentación de encerrarnos en discursos y discusiones interminables sobre la teología del sacerdocio o sobre teorías de lo que debería ser, el Señor mira con ternura y compasión y ofrece a los sacerdotes las coordenadas desde donde discernir y mantener vivo el ardor por la misión: *cercanía*, que es tierna y compasiva, cercanía a Dios, al obispo, a los hermanos presbíteros y al pueblo que le fue confiado. Cercanía con el estilo de Dios que es cercano, compasivo y tierno.

Gracias a todos ustedes por la cercanía y la paciencia, ¡muchas gracias! Buen trabajo. Yo voy ahora a la biblioteca porque tengo muchos encuentros esta mañana. Recen por mí y yo rezaré por ustedes. ¡Buen trabajo!

X

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA CUARESMA 2022

**«No nos cansemos de hacer el bien, porque, si no desfallecemos,
cosecharemos los frutos a su debido tiempo.
Por tanto, mientras tenemos la oportunidad, hagamos el bien a todos»
(Ga 6,9-10a)**

Queridos hermanos y hermanas:

La Cuaresma es un tiempo favorable para la renovación personal y comunitaria que nos conduce hacia la Pascua de Jesucristo muerto y resucitado. Para nuestro camino cuaresmal de 2022 nos hará bien reflexionar sobre la exhortación de san Pablo a los gálatas: «No nos cansemos de hacer el bien, porque, si no desfallecemos, cosecharemos los frutos a su debido tiempo. Por tanto, mientras tenemos la oportunidad (*kairós*), hagamos el bien a todos» (Ga 6,9-10a).

1. Siembra y cosecha

En este pasaje el Apóstol evoca la imagen de la siembra y la cosecha, que a Jesús tanto le gustaba (cf. *Mt* 13). San Pablo nos habla de un *kairós*, un tiempo propicio para sembrar el bien con vistas a la cosecha. ¿Qué es para nosotros este tiempo favorable? Ciertamente, la Cuaresma es un tiempo favorable, pero también lo es toda nuestra existencia terrena, de

la cual la Cuaresma es de alguna manera una imagen. Con demasiada frecuencia prevalecen en nuestra vida la avidez y la soberbia, el deseo de tener, de acumular y de consumir, como muestra la parábola evangélica del hombre necio, que consideraba que su vida era segura y feliz porque había acumulado una gran cosecha en sus graneros (cf. *Lc* 12,16-21). La Cuaresma nos invita a la conversión, a cambiar de mentalidad, para que la verdad y la belleza de nuestra vida no radiquen tanto en el poseer cuanto en el dar, no estén tanto en el acumular cuanto en sembrar el bien y compartir.

El primer agricultor es Dios mismo, que generosamente «sigue derramando en la humanidad semillas de bien» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 54). Durante la Cuaresma estamos llamados a responder al don de Dios acogiendo su Palabra «viva y eficaz» (*Hb* 4,12). La escucha asidua de la Palabra de Dios nos hace madurar una docilidad que nos dispone a acoger su obra en nosotros (cf. *St* 1,21), que hace fecunda nuestra vida. Si esto ya es un motivo de alegría, aún más grande es la llamada a ser «colaboradores de Dios» (*1 Co* 3,9), utilizando bien el tiempo presente (cf. *Ef* 5,16) para sembrar también nosotros obrando el bien. Esta llamada a sembrar el bien no tenemos que verla como un peso, sino como una gracia con la que el Creador quiere que estemos activamente unidos a su magnanimidad fecunda.

¿Y la cosecha? ¿Acaso la siembra no se hace toda con vistas a la cosecha? Claro que sí. El vínculo estrecho entre la siembra y la cosecha lo corrobora el propio san Pablo cuando afirma: «A sembrador mezquino, cosecha mezquina; a sembrador generoso, cosecha generosa» (*2 Co* 9,6). Pero, ¿de qué cosecha se trata? Un primer fruto del bien que sembramos lo tenemos en nosotros mismos y en nuestras relaciones cotidianas, incluso en los más pequeños gestos de bondad. En Dios no se pierde ningún acto de amor, por más pequeño que sea, no se pierde ningún «cansancio generoso» (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 279). Al igual que el árbol se conoce por sus frutos (cf. *Mt* 7,16.20), una vida llena de obras buenas es luminosa (cf. *Mt* 5,14-16) y lleva el perfume de Cristo al mundo (cf. *2 Co* 2,15). Servir a Dios, liberados del pecado, hace madurar frutos de santificación para la salvación de todos (cf. *Rm* 6,22).

En realidad, sólo vemos una pequeña parte del fruto de lo que sembramos, ya que según el proverbio evangélico «uno siembra y otro cosecha» (*Jn* 4,37). Precisamente sembrando para el bien de los demás participamos en la magnanimidad de Dios: «Una gran nobleza es ser capaz de desatar procesos cuyos frutos serán recogidos por otros, con la esperanza puesta en las fuerzas secretas del bien que se siembra» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 196). Sembrar el bien para los demás nos libera de las estrechas lógicas del beneficio personal y da a nuestras acciones el amplio alcance de la gratuidad, introduciéndonos en el maravilloso horizonte de los benévolos designios de Dios.

La Palabra de Dios ensancha y eleva aún más nuestra mirada, nos anuncia que la siega más verdadera es la escatológica, la del último día, el día sin ocaso. El fruto completo de nuestra vida y nuestras acciones es el «fruto para la vida eterna» (*Jn* 4,36), que será nuestro «tesoro en el cielo» (*Lc* 18,22; cf. 12,33). El propio Jesús usa la imagen de la semilla que muere al caer en la tierra y que da fruto para expresar el misterio de su muerte y resurrección (cf. *Jn* 12,24); y san Pablo la retoma para hablar de la resurrección de nuestro cuerpo: «Se siembra lo corruptible y resucita incorruptible; se siembra lo deshonroso y resucita glorioso; se siembra lo débil y resucita lleno de fortaleza; en fin, se siembra un cuerpo material y resucita un cuerpo espiritual» (*1 Co* 15,42-44). Esta esperanza es la gran luz que Cristo resucitado trae al mundo: «Si lo que esperamos de Cristo se reduce sólo a esta vida, somos los más desdichados de todos los seres humanos. Lo cierto es que Cristo ha resucitado de entre los muertos como fruto primero de los que murieron» (*1 Co* 15,19-20), para que aquellos que están íntimamente unidos a Él en el amor, en una muerte como la suya (cf. *Rm* 6,5), estemos también unidos a su resurrección para la vida eterna (cf. *Jn* 5,29). «Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre» (*Mt* 13,43).

2. «No nos cansemos de hacer el bien»

La resurrección de Cristo anima las esperanzas terrenas con la «gran esperanza» de la vida eterna e introduce ya en el tiempo presente la semilla de la salvación (cf. Benedicto XVI, Carta enc. *Spe salvi*, 3; 7). Frente a la amarga desilusión por tantos sueños rotos, frente a la preocupación por los retos que nos conciernen, frente al desaliento por la pobreza de nuestros medios, tenemos la tentación de encerrarnos en el propio egoísmo individualista y refugiarnos en la indiferencia ante el sufrimiento de los demás. Efectivamente, incluso los mejores recursos son limitados, «los jóvenes se cansan y se fatigan, los muchachos tropiezan y caen» (*Is* 40,30). Sin embargo, Dios «da fuerzas a quien está cansado, acrecienta el vigor del que está exhausto. [...] Los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas, vuelan como las águilas; corren y no se fatigan, caminan y no se cansan» (*Is* 40,29.31). La Cuaresma nos llama a poner nuestra fe y nuestra esperanza en el Señor (cf. *1 P* 1,21), porque sólo con los ojos fijados en Cristo resucitado (cf. *Hb* 12,2) podemos acoger la exhortación del Apóstol: «No nos cansemos de hacer el bien» (*Ga* 6,9).

No nos cansemos de orar. Jesús nos ha enseñado que es necesario «orar siempre sin desanimarse» (*Lc* 18,1). Necesitamos orar porque necesitamos a Dios. Pensar que nos bastamos a nosotros mismos es una ilusión peligrosa. Con la pandemia hemos palpado nuestra fragilidad personal y social. Que la Cuaresma nos permita ahora experimentar el consuelo de la fe en Dios, sin el cual no podemos tener estabilidad (cf. *Is* 7,9). Nadie se salva

solo, porque estamos todos en la misma barca en medio de las tempestades de la historia [2]; pero, sobre todo, nadie se salva sin Dios, porque sólo el misterio pascual de Jesucristo nos concede vencer las oscuras aguas de la muerte. La fe no nos exime de las tribulaciones de la vida, pero nos permite atravesarlas unidos a Dios en Cristo, con la gran esperanza que no defrauda y cuya prenda es el amor que Dios ha derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo (cf. *Rm* 5,1-5).

No nos cansemos de extirpar el mal de nuestra vida. Que el ayuno corporal que la Iglesia nos pide en Cuaresma fortalezca nuestro espíritu para la lucha contra el pecado. *No nos cansemos de pedir perdón en el sacramento de la Penitencia y la Reconciliación*, sabiendo que Dios nunca se cansa de perdonar [3]. *No nos cansemos de luchar contra la concupiscencia*, esa fragilidad que nos impulsa hacia el egoísmo y a toda clase de mal, y que a lo largo de los siglos ha encontrado modos distintos para hundir al hombre en el pecado (cf. Carta enc. *Fratelli tutti*, 166). Uno de estos modos es el riesgo de dependencia de los medios de comunicación digitales, que empobrece las relaciones humanas. La Cuaresma es un tiempo propicio para contrarrestar estas insidias y cultivar, en cambio, una comunicación humana más integral (cf. *ibíd.*, 43) hecha de «encuentros reales» (*ibíd.*, 50), cara a cara.

No nos cansemos de hacer el bien en la caridad activa hacia el prójimo. Durante esta Cuaresma practiquemos la limosna, dando con alegría (cf. *2 Co* 9,7). Dios, «quien provee semilla al sembrador y pan para comer» (*2 Co* 9,10), nos proporciona a cada uno no sólo lo que necesitamos para subsistir, sino también para que podamos ser generosos en el hacer el bien a los demás. Si es verdad que toda nuestra vida es un tiempo para sembrar el bien, aprovechemos especialmente esta Cuaresma para cuidar a quienes tenemos cerca, para hacernos prójimos de aquellos hermanos y hermanas que están heridos en el camino de la vida (cf. *Lc* 10,25-37). La Cuaresma es un tiempo propicio para buscar –y no evitar– a quien está necesitado; para llamar –y no ignorar– a quien desea ser escuchado y recibir una buena palabra; para visitar –y no abandonar– a quien sufre la soledad. Pongamos en práctica el llamado a hacer el bien *a todos*, tomándonos tiempo para amar a los más pequeños e indefensos, a los abandonados y despreciados, a quienes son discriminados y marginados (cf. Carta enc. *Fratelli tutti*, 193).

3. «Si no desfallecemos, a su tiempo coseharemos»

La Cuaresma nos recuerda cada año que «el bien, como también el amor, la justicia y la solidaridad, no se alcanzan de una vez para siempre; han de ser conquistados cada día» (*ibíd.*, 11). Por tanto, pidamos a Dios la paciente constancia del agricultor (cf. *St* 5,7) para no desistir en hacer el bien, un paso tras otro. Quien caiga tienda la mano al Padre, que siempre

nos vuelve a levantar. Quien se encuentre perdido, engañado por las seducciones del maligno, que no tarde en volver a Él, que «es rico en perdón» (*Is* 55,7). En este tiempo de conversión, apoyándonos en la gracia de Dios y en la comunión de la Iglesia, no nos cansemos de sembrar el bien. El ayuno prepara el terreno, la oración riega, la caridad fecunda. Tenemos la certeza en la fe de que «si no desfallecemos, a su tiempo cosecharemos» y de que, con el don de la perseverancia, alcanzaremos los bienes prometidos (cf. *Hb* 10,36) para nuestra salvación y la de los demás (cf. *1 Tm* 4,16). Practicando el amor fraterno con todos nos unimos a Cristo, que dio su vida por nosotros (cf. *2 Co* 5,14-15), y empezamos a saborear la alegría del Reino de los cielos, cuando Dios será «todo en todos» (*1 Co* 15,28).

Que la Virgen María, en cuyo seno brotó el Salvador y que «conservaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón» (*Lc* 2,19) nos obtenga el don de la paciencia y permanezca a nuestro lado con su presencia maternal, para que este tiempo de conversión dé frutos de salvación eterna.

Roma, San Juan de Letrán, 11 de noviembre de 2021, Memoria de san Martín de Tours, obispo.

ÍNDICE GENERAL

Páginas

EL ARZOBISPO

Mensajes

Jornada Mundial del Enfermo: donde Cristo muere y resucita cada día	135
Con Manos Unidas siempre en el corazón	137
La inagotable belleza del matrimonio	139
Miércoles de ceniza: ayuno y oración por la paz ...	140

Nota

Ante los abusos sexuales cometidos en el seno de la Iglesia católica	143
--	-----

Convocatoria Ministerios Laicales

Convocatoria de celebración de Ministerios laicales: Lectorado y Acolitado	146
--	-----

CURIA
DIOCESANA

Vicarías Episcopales

Crónica de la Sesión Plenaria extraordinaria del Consejo Presbiteral	147
Aportaciones parroquiales al Fondo común interdiocesano	149
Calendario de principales actividades diocesanas ..	150
Información sobre el miércoles de ceniza	151
Confirmaciones celebradas en el 2021	151
Crónica de la Sesión de apertura de la Asamblea Diocesana (Fase Final)	157
Crónica del Consejo Pastoral Diocesano	159

Secretaría General

Nombramientos	162
Consulta a los suscriptores del boletín	162
Jubilaciones en el sistema de la Seguridad Social ..	163
En la paz del Señor	163

SECCION
PASTORAL
E INFORMACION

Jubileo - VIII Centenario de la Catedral

Noticias de interés	165
---------------------------	-----

Delegación de Medios de Comunicación

Noticias de interés	168
---------------------------	-----

COMUNICADOS
ECLESIALES

Conferencia Episcopal

Dirección en Internet: www.conferenciaepiscopal.es	174
Ejercicios espirituales de los obispos	174
Matrimonio es +	174
En la Paz del Señor: Mons. Antoni Vadell	174
El sacerdote Cristóbal Déniz, nombrado obispo auxiliar de Canarias	175
Miembros del Servicio de coordinación y ayuda a las víctimas de abusos	175
La Conferencia Episcopal Española encarga una auditoría independiente a Cremades & Calvo-Sotelo	176

Santo Padre

Dirección en Internet: www.vatican.va	177
Catequesis sobre san José 10. San José y la comunión de los santos	177
Fiesta de la Presentación del Señor. XXVI Jornada Mundial de la Vida Consagrada	180
Videomensaje del Santo Padre Francisco para el II Día Internacional de la Fraternidad Humana	184
Catequesis sobre san José 11. San Jose, Patrono de la buena muerte	186
Videomensaje del Santo Padre Francisco para la VIII Jornada Mundial de Oración y Reflexión contra la Trata de personas.	189
Carta Apostólica: “Competentias Quasdam Decernere”	191
Catequesis sobre san José 12. San José, Patrono de la Iglesia universal	197
Discurso del Santo Padre Francisco al Simposio “Por una Teología fundamental del sacerdocio”	200
Mensaje del Santo Padre Francisco para la Cuaresma 2022	213

Fotocomposición: Rico Adrados, S.L.

Imprime: Rico Adrados, S.L.

Depósito legal: BU-90. – 1967

ISSN: 1885-2033

CONSULTA A LOS SUSCRIPTORES DEL BOLETÍN

Queridos lectores, antes de tomar una decisión sobre algunas cuestiones de esta publicación queremos consultaros para conocer vuestra opinión.

1. Si queréis recibir el boletín impreso en papel o si os basta que se pueda leer digitalmente, pues se puede leer en la página Web de la Archidiócesis.
2. Si queréis que en el boletín se publiquen los mensajes del Papa o si queréis que no se publiquen, pues se pueden leer en la página Web del Vaticano.
3. Si queréis recibir el boletín mensualmente, con las noticias más recientes, o si os basta con recibirlo cada trimestre.

Podéis responder a través del correo postal: Fernando Arce Santamaría, Arzobispado de Burgos, c/ Eduardo Martínez del Campo 7, 09003 – Burgos, o a través del siguiente link: <https://acortar.link/nZlQys>



CONSULTAS		SÍ	NO
1	¿Quieres recibir el Boletín en papel impreso?		
2	¿Quieres que el Boletín incluya los mensajes del Papa?		
3	¿Quieres que el Boletín se publique mensualmente?		
Observaciones:			



